

Carlos Altamirano
Beatriz Sarlo

Ensayos
argentinos

De Sarmiento a la vanguardia

Ariel

ENSAYOS ARGENTINOS

De Sarmiento a la vanguardia

CARLOS ALTAMIRANO
BEATRIZ SARLO

ENSAYOS
ARGENTINOS
De Sarmiento a la vanguardia

Ariel

Diseño de interior: Alejandro Ulloa

© 1983, 1997, Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo

Derechos exclusivos de edición en castellano
reservados para todo el mundo:

© 1997, Compañía Editora Espasa Calpe Argentina S.A. / Ariel

Primera edición: agosto de 1997

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723
ISBN 950-9122-49-1

Impreso en la Argentina

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

En esta edición digital se registra el paginado de la edición original en papel. Asimismo se han reemplazado las notas a final de capítulo por notas a pie de página. En estas últimas también se deja constancia de la paginación original.

[83]

*El orientalismo y la idea del despotismo en el Facundo**

CARLOS ALTAMIRANO

Esta extensión de las llanuras imprime por otra parte a la vida del interior cierta tintura asiática que no deja de ser bien pronunciada. Muchas veces al ver salir la luna tranquila y resplandeciente por entre las yerbas de la tierra, la he saludado maquinalmente con estas palabras de Volney en su descripción de las ruinas: "La pleine lune á l'Orient s'élevait sur un fond bleuâtre aux plaines rives de l'Euphrate".¹

Ésta es la primera analogía orientalista o asiática en el *Facundo*. El sistema de comparaciones, sin embargo, no ha hecho más que ponerse en marcha en el pasaje citado: a partir de allí serán pocos los capítulos del libro en que algún rasgo natural o social, algún signo individual o colectivo de la realidad argentina, no traiga aparejada la evocación de una imagen oriental. El capataz de las caravanas de carretas que atraviesan la pampa argentina es un "caudillo", como en Asia "el Jefe de la caravana" (p. 30); "las hordas beduinas" proporcionan "una idea exacta de las montoneras argentinas" (p. 67); Facundo Quiroga miraba "por entre las cejas, como el Alí-Bajá de Moinvoisin" (p. 82); el paisaje de La Rioja trae a la imaginación "reminiscencias orientales" (p. 94); el bosque [84] que rodea la ciudad de Tucumán es descripto en términos que pueden hacer pensar en un plagio de "las Mil y una Noches, u otros cuentos de hadas a la oriental" (p. 195); en fin, la América de Rosas es "bárbara como el Asia, despótica y sanguinaria" (p.

* Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani". Tercera serie, Nº 9, 1^{er} semestre de 1994.

¹ .D. F. Sarmiento, *Facundo*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas (reedición ampliada de la edición crítica y documentada que publicó la Universidad Nacional de La Plata, con prólogo y notas de Alberto Palcos), p. 30. En adelante, todas las citas del *Facundo* remiten a esta edición, cuya ortografía, la original del autor, hemos normalizado.

259). Hay más: tres de los quince capítulos que componen la obra van presididos por epígrafes que refuerzan la floración orientalista. Esta insistencia no escapó a la atención de algunos de los estudiosos del libro de Sarmiento, cuyas interpretaciones quisiera aprovechar en este artículo. Ana María Barrenechea, por ejemplo, ha escrito:

Busca [Sarmiento] paralelos con la vida de otros pueblos de llanura (tártaros, árabes, bárbaros invasores del imperio romano) para afianzar su tesis de la influencia del suelo en las costumbres y de éstas en la historia de los pueblos, pero además dichas comparaciones lo atraen por el prestigio del color local y la lejanía que las carga de valor poético en la época romántica.²

Podría decirse, de acuerdo a esta observación, que en el *Facundo* las figuras del orientalismo se despliegan bajo la atracción de esos dos polos —el polo doctrinario de la tesis y el polo literario del exotismo romántico.

Es innegable que Sarmiento era sensible a las fantasías del exotismo, tanto del literario como del político, y el *Facundo* lo prueba. Como Fenimore Cooper, que así se había hecho de un nombre en el público europeo, él también va a hablar de lugares, costumbres y hombres *diferentes*, ubicados en la frontera de la civilización, y quiere, para el libro en que va a aclarar el secreto de la guerra civil que atormenta a un país que es el suyo, ese encanto que ejercen los escritos que evocan horizontes distantes (volveré más adelante sobre el punto del exotismo). Por otra parte, hay efectivamente un esquema conceptual asociado al uso de la imaginación orientalista. ¿Cuál? Es lo que el comentario de Ba [85] rrenechea deja escapar: la significación que media y anuda las funciones del símil oriental en el libro de Sarmiento.

De todos modos, se trata de un comentario periférico dentro de un trabajo que se organiza en torno a otros ejes. Menos marginal es el relieve que el tema cobra en el breve pero fulgurante ensayo de Ricardo Piglia, "Notas sobre *Facundo*". La analogía, dice Piglia, es un procedimiento central en el funcionamiento de la obra porque para Sarmiento conocer es comparar.

Todo adquiere sentido si es posible reconstruir las analogías entre lo que se quiere explicar y otra cosa que ya está juzgada y escrita. Para Sarmiento saber es descifrar el secreto de las analogías: la semejanza es la forma misteriosa, invisible, que hace visible el sentido. La cultura funciona sobre todo como un repertorio de ejemplos que pueden ser usados como términos de la comparación.

Las equivalencias orientalistas se insertan dentro de este procedimiento en virtud del cual Sarmiento compara lo conocido con lo desconocido o, más bien, con aquello a lo que sólo accede a través de la lectura: "Sarmiento no

² A. M. Barrenechea, "Función estética y significación histórica de las campañas pastoras en el *Facundo*", en: *Textos hispanoamericanos*, Caracas, Monte Avila Editores, 1978, p. 81

conoce Palestina, pero el epígrafe de ese capítulo (Roussel, *Palestine*) explica el origen de la comparación".³

La interpretación, de verdad sugestiva, pone en primer plano, como nunca antes, el mecanismo analógico. No estoy enteramente seguro de si, por ese mismo énfasis, no acarrea el riesgo de alimentar la idea de que el uso general de símiles y paralelos le confiere singularidad a Sarmiento o al *Facundo*. En realidad, era un procedimiento extendido en el campo de lo que hoy llamaríamos ciencias humanas, era corriente en la literatura de viajes y entre quienes, sin ser viajeros, se consideraban lo suficientemente ilustrados como para entregarse a la comparación de las instituciones, las costumbres o la psicología de los pueblos.⁴ Se puede decir, por cierto, que la singularidad radica en que Sarmiento, al comparar, establece semejanzas entre lo que conoce y lo que desconoce. Pero la relación entre lo conocido y lo desconocido que inspira la observación de Piglia sobre las analogías en el *Facundo*, ¿no podría ser formulada en otros términos, casi opuestos diría? Dejemos de lado el hecho de que el "asiatismo" de algunos europeos doctos era también un bagaje obtenido a través de lecturas, porque no se habían movido de Europa, lo que no impediría que escribieran largamente sobre el Oriente (así era el asiatismo de Marx, como lo había sido el de Montesquieu, sobre el cual volveremos). El hecho que en cambio me interesa puede extraerse del propio análisis de Piglia, y podría enunciarse así: lo que Sarmiento conoce no es aún parte del saber letrado, es decir, no integra todavía el campo de lo conocido; por el contrario, lo que él no conoce — Europa u Oriente, digamos— ya es sí, al menos a sus ojos, conocido, territorio del saber, porque, para emplear las palabras de Piglia, "ya ha sido juzgado y definido por el pensamiento europeo".⁵ Al recurrir a las analogías, a las comparaciones y a los paralelos (aunque no hace únicamente eso, en realidad),

³ Ricardo Piglia, "Notas sobre *Facundo*", en: *Punto de Vista*, W 8, 1980, p. 7.

⁴ Para dar sólo un ejemplo, citando una obra y un autor que Sarmiento admiraba (y a los que el *Facundo* debe más de una sugerencia): la *Historia de la civilización en Europa*, de Francois Guizot. Cuando en la Lección 2 se pregunta cómo hacerse una representación de la sociedad y las costumbres bárbaras para comprender la contribución que el incivilizado germano hizo a la civilización europea —el sentimiento de independencia individual—, Guizot encuentra que ningún escrito rivaliza con *Histoire de la conquête de l'Angleterre par les Normans*, de Thierry. Sin la jerarquía de éste, aunque también instructivas, juzga las novelas de Fenimore Cooper sobre los "salvajes de América". Tras lo cual añade: "Hay en la vida de los salvajes de América, en las relaciones y sentimientos que llevan al centro de los bosques, algo que recuerda hasta cierto punto las costumbres de los antiguos germanos" (*Historia de la civilización en Europa*, Madrid, Alianza Editorial, 1966, p. 61). Ningún conocimiento que no sea extraño de las lecturas inspira esa analogía, puramente intertextual. Además de este comparatismo de escritorio había ciertamente otro, que acompañaba la reflexión etnosociológica de los viajes con fines doctos, como los de Volney, pero el libro de Volney que Sarmiento y sus compañeros de generación leían con fervor era *Las ruinas de Palmira*, un escrito de especulación histórico-filosófica (véase Sergio Moravia, *La scienza dell'uomo nel Settecento*, Bari, Laterza, 1979, pp. 178-187).

⁵ R. Piglia, ob. cit.

¿Sarmiento no utiliza lo que da por conocido para hacer comprender lo desconocido? ¿No es eso lo que, según Sarmiento, hubiera llevado a cabo en la América del Sur un hipotético Tocqueville que, "premunido de las teorías sociales", se internara en la vida política rioplatense "como en un campo vastísimo y aún no explorado ni descrito por la ciencia, y revelase a la Europa, a la Francia, tan ávida de fases nuevas en la vida de las diversas porciones de la humanidad, este nuevo modo de ser que no tiene antecedentes marcados y conocidos"?⁶

El saber docto por excelencia, el de la ciencia y las teorías sociales, es, en efecto, para Sarmiento el saber europeo. Y el Oriente de sus libros, con sus estereotipos intelectuales y literarios, pertenece a ese dominio. Como lo dice él mismo cuando, dos años después de escribir el *Fa- [87] cundo*, tiene ocasión de entrar en contacto con la escena árabe —hasta entonces sólo imaginada a través de las lecturas—. "Nuestro Oriente es la Europa, y si alguna luz brilla más allá, nuestros ojos no están preparados para recibirla, sino a través del prisma europeo",⁷ escribe al aprestarse a hablar de Argelia. El Oriente que aparece entonces ante sus ojos, en una Argelia que expone todos los signos del colonialismo francés, se inscribe sobre el fondo estético e ideológico de ese otro Oriente, el de las lecturas. En la larga descripción que consagra a las costumbres árabes, el procedimiento analógico también aparece a veces, aunque ahora invertido: el árabe, por ejemplo, es como un gaucho. Y Sarmiento encuentra igualmente ocasión para citar, al evocar la visión de otras ruinas, *Las ruinas de Palmira*, de Volney, preguntándose como éste por la desaparición de las ciudades y las ricas campañas que las rodeaban. "Preguntádselo a la cimitarra y al Corán."⁸ Es imposible que esta imagen de la decadencia de las ciudades por obra de fuerzas provenientes del desierto no traiga a la mente el relato y las tesis, expuestos en el *Facundo*, sobre la ruina de las ciudades argentinas.

Nada de esto, de todos modos, nos ofrece todavía el eslabón en que se conecten las funciones de la imaginería orientalista en el libro clásico de Sarmiento. En un trabajo que dialoga inteligentemente con el de Piglia — "Saber del *otro*: escritura y oralidad en *el Facundo* de D. F. Sarmiento"—, Julio Ramos proporciona al respecto una interpretación:

Sobre la particularidad americana se impone la *figura* (europea) del "oriental". Obsérvese, sin embargo, que el "conocimiento" que busca producir la analogía es imaginado. El discurso se desliza del mundo referido al *archivo orientalista* que, como señala E. W. Said, más que una red de conocimientos de la realidad

⁶ D. F. Sarmiento, ob. cit., pp. 10-11.

⁷ D. F. Sarmiento, *Viajes*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1981, p. 239.

⁸ *Ibidem*, p. 265.

"oriental", comprueba ser un discurso históricamente ligado al [88] expansionismo decimonónico y a la propia constitución de un territorio de identidad europeo, mediante la exclusión de los "otros" y la consecuente delimitación del campo "civilizado".

En suma, la cita orientalista en Sarmiento "proyecta, por parte de quien *no* es un europeo, un deseo de inscribirse en el interior de la cultura occidental. Implica un lugar de enunciación —ficticio— fuera de la 'barbarie' (lo no europeo), enfáticamente 'civilizado'".⁹

El Oriente del *Facundo* nos reenvía así, antes que a un área de conocimientos, a un conjunto discursivo dominado por significaciones imaginarias —*el archivo orientalista*—, constitutivo de la identidad europea y, durante el siglo XIX, entrelazado con la expansión colonial. Conectado por la lectura de Ramos a esa empresa de apropiación intelectual que Edward W. Said ha llamado "orientalismo moderno",¹⁰ el uso del símil asiático cobra un sentido ideológico del que la sola noción de exotismo literario no daba cuenta. Esta noción podía sensibilizar al lector para los procedimientos a través de los cuales Sarmiento insertaba una lejanía imitada, buscando para la naturaleza y la sociedad que ponía en escena la sugestión de los espacios distantes y de lo raro; la sola idea del encanto exotista y sus recursos, sin embargo, no dejaba entrever que uno de esos procedimientos, el más frecuente, si bien no el único, el de las analogías orientalistas, iba asociado a una red de elementos que agrupaba no sólo estereotipos literarios, sino también estereotipos ideológicos, inscriptos todos ellos en una empresa de dominación.

¿Pero la "cita orientalista" en el *Facundo* está allí sólo para ofrecernos una figura de la alteridad, del *Otro*, del no civilizado, como parece interpretar Ramos? Me temo que al fijarla en ese registro la imaginería orientalista de Sarmiento se disuelva en un papel demasiado [89] genérico. Creo, más bien, que hay que darle todo su peso a la idea (al cortejo de ideas e imágenes, sería mejor decir) del despotismo para aferrar la significación en que se acoplan las funciones de esa imaginería. En otras palabras: el "oriental" y lo "oriental" en el libro de Sarmiento no están destinados únicamente a imprimir sobre la particularidad americana la imagen del "bárbaro" o del "otro" genéricos, sino, más específicamente, a dar figura a una idea y a un fantasma, la idea y el fantasma del despotismo.

En la historia del pensamiento político moderno, la idea del despotismo remite a Montesquieu, y la formulación clásica del concepto a *El espíritu de las leyes*: "El despotismo tal como lo define el autor de *L'Esprit des Lois*, y

⁹ . Julio Ramos, "Saber del *otro*: escritura y oralidad en el *Facundo* de D. F. Sarmiento", en: *Desencuentros de la modernidad en América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, p. 22.

¹⁰ Edward W. Said, *Orientalism*, Nueva York, Vintage Books, 1979.

bajo la apariencia *asiática* que le presta, ha de ser la referencia obligada de toda la filosofía política en la segunda mitad del siglo XVIII, aunque sea para rebatirla".¹¹ Podría agregarse que Montesquieu no iniciaba, sino que heredaba, una tradición intelectual que desde Maquiavelo, o aun desde más atrás, había buscado definir la especificidad de las instituciones políticas de Europa oponiéndolas a las de Asia —desde el siglo XV oponiéndolas más particularmente a las del poder que encarnaba la amenaza inmediata: el del Gran Turco—. ¹² De cualquier modo, si la idea del despotismo y su apariencia oriental no hacen su ingreso con Montesquieu, es en *El espíritu de las leyes* donde la noción halla articulación conceptual dentro de un cuadro general sobre las formas de gobierno.¹³

En efecto, una de las innovaciones teóricas que introdujo *El espíritu de las leyes* fue la de una clasificación de las formas de gobierno que alteraba la tipología tradicional de democracia, aristocracia y monarquía. Pero tan importante como la nueva tipología era lo ambicioso de la perspectiva dentro de la cual Montesquieu aspiraba a emplazarla: había reunido un vasto material para dotar a su filosofía política de un campo de referencias cuya amplitud, tanto histórica como geográfica, iba más allá [90] de cualquier precedente. Sus conceptos y argumentos no hablarían sólo de una reflexión arraigada sobre los ejemplos de Roma o Grecia, Cartago, los estados italianos o Francia, sino también los de América, China, Japón, las Indias Orientales, África, sin omitir Turquía y Persia.¹⁴ Al ampliar en términos casi planetarios el campo de referencia, Montesquieu diversificaba también los ámbitos de donde extraer ejemplos, comparaciones y corolarios acerca de la gravitación del suelo o el clima en las costumbres, por ejemplo, o de las costumbres en las formas de gobierno.

Dentro de este cuadro hallaba su lugar la definición del despotismo, una de las tres especies de gobierno que *El espíritu de las leyes* distinguía según su "naturaleza" (quién tiene el poder soberano en cada uno) y según su "principio" (la pasión específica que los hace obrar). A diferencia de la *república*, en que la soberanía está en manos de todos, si es democrática, o sólo en una parte del pueblo, si es aristocrática, en la *monarquía* uno solo

¹¹ Alain Grosrichard, *Estructura del harén*, Barcelona, Ediciones Petrel, s/f, p. 41.

¹² Véase Perry Anderson, *El Estado absolutista*, México, Siglo XXI, 1979, pp. 407-411 y 477-487.

¹³ En realidad, el tema de Asia y el despotismo es anterior a *El espíritu de las leyes* en la obra de Montesquieu y se lo encuentra como uno de los núcleos del primer libro que le dio fama, *Cartas persas* donde se puede leer (carta CXXXI): "Una de las cosas que más han ejercitado mi curiosidad desde mi arribo a Europa ha sido la historia y el origen de las repúblicas. Ya sabes que ni siquiera tienen idea de este gobierno los asiáticos, y que no les ha podido sugerir todavía su imaginación que haya en la tierra otro que el despótico" (*Cartas persas*, Madrid, Tecnos, 1986, p. 189). [100]

¹⁴ Víctor Goldschmidt, "Introduction" a Montesquieu, *De l'esprit des lois*, París, Garnier-Flammarion, 1979, p. 18. En adelante, las citas del libro de Montesquieu corresponden a esta edición.

gobierna, pero de acuerdo a "leyes fijas y establecidas". En el *despotismo*, en cambio, el poder también está en manos de uno solo, quien gobierna, sin embargo, "sin ley ni regla, impulsado únicamente por su voluntad y su capricho".¹⁵

Ahora bien, Montesquieu ordenó bajo la forma del concepto de despotismo un enorme material ("apto para alimentar todos los sueños", observa Grosrichard),¹⁶ extraído de la lectura de historiadores y viajeros. Se ha dicho que su preocupación, al emplear los recursos del exotismo orientalista, fue la de dotar de figura a una idea, la del mal político absoluto;¹⁷ que la función de la idea del despotismo era advertir a los monarcas inclinados a abusar de su autoridad, demostrando "*a contrario* las ventajas de una verdadera monarquía".¹⁸ Pero cualquiera fuera el papel teórico o polémica que Montesquieu asignara a la idea, el hecho es que el texto hacía del Asia el medio natural de ese espectro político.¹⁹ [91]

Volvamos a Sarmiento: éste no cita a Montesquieu entre sus maestros de pensamiento. Cuando lo menciona en el *Facundo* es para dar el elenco de las ideas y los filósofos —Rousseau, Mably, Raynal...— que habían animado tanto como extraviado el espíritu de la generación anterior a la suya.²⁰ En ese contexto, Montesquieu no es más que el teórico de la división de los poderes. Puede uno preguntarse si cuando hace referencia a los filósofos que sostienen la tesis de que las llanuras predisponen al gobierno despótico tiene *in mente* también al autor de *El espíritu de las leyes*.²¹ O bien si hay que conjeturar que esa idea, como otras a las que Montesquieu había dado su primera formulación conceptual en la filosofía política moderna, llegaron a Sarmiento por mediación de los autores que tenía como faros.²² Los epígrafes que llevan la firma de Alix (cap. V) y Roussel (cap. VI) dejan entrever, por otra parte, que las fuentes de que se alimenta su orientalismo no son siempre de primer orden. De todos modos, cualquiera que haya sido su vía de acceso a la constelación de nociones e imágenes que componían el tema del despotismo,

¹⁵ Montesquieu, *De l'esprit...*, II, 1.

¹⁶ A. Grosrichard, ob. cit., p. 41.

¹⁷ "El despotismo es una idea política, la idea del mal absoluto, la idea del límite mismo del político como tal", Louis Althusser, *Montesquieu, la política y la historia*, Madrid, Ciencia Nueva, 1968, p. 71.

¹⁸ Jean Ehrard, "Montesquieu", en: Pascal Ory (comp.), *Nouvelle histoire des idées politiques*, París, Hachette, 1987, p. 99.

¹⁹ "Ellos toman muchas mujeres, sobre todo en esa parte del mundo donde el despotismo se ha naturalizado, por así decir, que es el Asia" (Montesquieu, *De l'esprit...*, V, XIV. Las cursivas son mías, N. del A.).

²⁰ D. F. Sarmiento, *Facundo*, p. 118.

²¹ *Ibidem*, p. 29. Sobre la relación entre la llanura y despotismo en Montesquieu, ver *De l'esprit...*, XVII, 6.

²² Para Natalio Botana, por ejemplo, la "temprana acta de defunción que Sarmiento endilgó a Montesquieu y Rousseau, no tenía mayor trascendencia porque una continuidad más profunda los unía a Guizot y a Tocqueville". Es decir, a dos de sus *maîtres-à-penser*. Véase N. Botana, *La tradición republicana*, Buenos Aires, Sudamericana, 1984, p. 271.

lo efectivo es que Sarmiento no sólo hizo suya esa constelación, sino que la insertó como una de las piezas intelectuales y literarias del *Facundo*.

Si la imagen orientalista nos remite a la idea del despotismo, ¿cuál es, a su vez, la función de esta idea en la economía de la obra de Sarmiento? Una función argumentativa, a medias teórica y a medias retórica, que tiene en la analogía una fórmula básica. En su virtud de su papel semi-teórico, la idea del despotismo opera como uno (pero sólo *uno*) de los esquemas de referencia para la doctrina y el relato sarmientinos del caudillismo sudamericano. Por su lado retórico, por decirlo así, destinado a captar el favor del lector, la idea es inseparable de su apariencia asiática, o sea, de la activación de la imaginaria orientalista. Tomemos unas pocas indicaciones textuales. [92]

Lo más simple, por supuesto, es señalar que el término "despotismo" forma parte del vocabulario ideológico del *Facundo*. "Rosas, hijo de la culta Buenos Aires [...] organiza lentamente el despotismo", escribe apenas comenzada la Introducción, y el término reaparece en varios pasajes a lo largo de la obra, sobre todo en relación con el orden rosista. En gran parte de los contextos en que aparece, el vocablo es intercambiable por el de "tiranía" o "gobierno absoluto", y su uso no haría más que probar que a través de Sarmiento perdura, al menos parcialmente, el vocabulario del republicanism. ²³ Menos simple, pero más interesante, es detectar la inserción del esquema del despotismo, no importa si en forma expresa o no, en el tejido argumentativo y narrativo del texto. Para lo cual todo nos lleva al punto en que Sarmiento hace referencia a la idea extendida de que hay cierta correlación entre llanura y despotismo. Estamos en el capítulo I, destinado, como adelanta su título, al "aspecto físico" de la Argentina y a los "caracteres, hábitos e ideas que engendra". Ya han sido puestos en escena la pampa, el desierto, las distancias enormes, el dato negativo de la colonización española, las provincias, Buenos Aires como centro donde se acumulan "los progresos de la civilización": todo conduce, concluye Sarmiento, a la necesidad del gobierno unitario en ese vasto territorio. Tras lo cual agrega: "Muchos

²³ Este había sido el lenguaje común a las élites ilustradas del ciclo de la independencia en toda Hispanoamérica. El régimen colonial era identificado con la era del despotismo, etapa a la que había puesto fin la independencia, que iniciaba la era de la libertad. Véase José Carlos Chiaramonte, "Génesis del 'diagnóstico' feudal en la historia hispanoamericana", en: *Formas de sociedad y economía en Hispanoamérica*, México, Grijalbo, 1983, p. 24. En este sentido es ejemplar el escrito de Bolívar conocido como "Discurso de Angostura", en que la idea del despotismo es invocada a propósito de la situación colonial, pero sólo para añadir que en otras partes la tiranía era, al menos, doméstica: "son persas los sátrapas de Persia, son turcos los bajaes del gran señor, son tártaros los sultanes de la Tartaria". La dominación española, en cambio, había privado a los americanos incluso del ejercicio de la propia tiranía (Simón Bolívar, "Discurso pronunciado por el Libertador ante el Congreso de Angostura", en: *Discursos, proclamas y epistolario político*, Madrid, Editora Nacional, 1981, pp. 219-220). Ni la idea del despotismo, ni los "ejemplos" asiáticos tienen en [101] el escrito de Bolívar una función interpretativa equivalente a la que les asigna Sarmiento en el *Facundo*.

filósofos han creído también que las llanuras preparaban las vías para el despotismo, del mismo modo que las montañas prestaban asidero a las resistencias de la libertad". Insiste a continuación en la inmensidad y el vacío, antes de introducir el pasaje cuyo comienzo transcribimos al principio de este artículo, con la cita de Volney, y que prosigue así:

Y en efecto, hay algo en las soledades argentinas que trae a la memoria las soledades asiáticas, alguna analogía encuentra el espíritu entre la Pam [93] pa y las llanuras que median entre el Tigris y el Eufrates; algún parentesco en la tropa de carretas solitaria que cruza nuestras soledades para llegar, al fin de una marcha de meses, a Buenos Aires, y la caravana de camellos que se dirige hacia Bagdad o Smirna.²⁴

En el mismo capítulo, no muchas páginas después, la analogía reaparece: "Ya la vida pastoril nos vuelve impensadamente a traer a la imaginación el recuerdo del Asia, cuyas llanuras nos imaginamos cubiertas aquí y allá de las tiendas del Kamulko, del Cosaco o del Árabe".²⁵

Podría decirse que a esta altura el lector ya está en medio del espacio del despotismo, a la vez espacio sensible (las imágenes de la pampa, los signos del asiatismo), y espacio inteligible (el de la idea); ninguna cadena de razonamientos ha ligado aquella tesis general, atribuida a muchos filósofos, y estas imágenes asiáticas que se imprimen en el cuadro de la llanura argentina. Sin embargo, el lector puede desde ahora reconocer, en virtud de esa conjunción; de la tesis y la floración de analogías, a qué familia de fenómenos pertenece aquello que se va a representar, y que el mismo tipo de escenario natural que engendra el despotismo en Asia, engendra el caudillismo bárbaro en la Argentina. ¿De qué lector se trata? Del lector presupuesto por el discurso de Sarmiento, al que éste interpela, y que puede reconocer como "evidente" la relación entre el cortejo de nociones e imágenes asociados a la idea del despotismo, por un lado, y su figura oriental, por el otro.

¿Es algo más que una proyección del intérprete ese lector virtual, extraído sólo de las líneas del texto? Tal vez pueda hacerlo menos fantasmático el testimonio de un lector real, uno de los mejores que tuvo nunca Sarmiento, Juan Bautista Alberdi. Es sabido que en el curso de la polémica que estalló entre ambos en 1852, tras [94] la caída de Rosas y a propósito de la posición frente a Urquiza y la disidencia de Buenos Aires, Alberdi le criticaría, entre otras cosas, que en el *Facundo* intentara explicar las guerras civiles del país por el choque de las dos sociedades, la bárbara y la civilizada, localizadas respectivamente en las campañas y en las ciudades. Pero antes, con el tono de quien quiere ser equitativo, exalta las virtudes de la obra (no pretende, dice

²⁴ D. F. Sarmiento, *Facundo*, p. 30.

²⁵ D. F. Sarmiento, *Facundo*, p. 35.

repetidamente, oscurecer los méritos del contrincante), para destacar a continuación que Sarmiento no se mostraba consecuente en el terreno de las opciones políticas con la doctrina de su libro y la verdad que ella contenía. Para volver los argumentos del *Facundo* en contra de las elecciones prácticas de su autor, Alberdi va a citar amplios trozos del libro. "El señor Sarmiento — escribe— explica esta verdad histórico-política, que él desconoce hoy, con un éxito de expresión y sentido, que lo hacen digno de reproducción textual".²⁶ Y comienza por transcribir el pasaje en que se enuncia la tesis sobre la correlación entre llanura y despotismo, para reproducir a continuación varios de los símiles orientalistas del *Facundo*.

Las citas y las paráfrasis prosiguen, pero las indicadas son suficientes para mostrar que Alberdi dispone de los códigos culturales requeridos y por ello sabe pasar de un plano al otro, del plano de la idea al plano de las analogías, aunque ningún eslabón explícito los conecte en el texto. No ignora, y lo señala al pasar, que Sarmiento desconocía al escribir el *Facundo* no sólo el Oriente, sino incluso la llanura argentina. No es eso lo que le importa: le toma la palabra al autor y sabe que el esquema del despotismo lleva a su apariencia asiática y que la imaginería orientalista connota, entre otras significaciones, la del despotismo. Y para qué le ha tomado la palabra sino para reprocharle que reniegue hoy de lo que enseñaba ayer, esto es que el caudillismo es fruto normal de ese paisaje "asiático", un *hecho* que sólo puede ser superado si se evi-[95] ta el camino de errores de la generación rivadaviana, esos liberales razonadores e incompetentes con quienes Sarmiento aparece aliado, contra Urquiza, en el presente. Ahora bien, antes que la agudeza de Alberdi, lo que pone de manifiesto este "saber" es el fondo de lecturas y de lugares comunes intelectuales que comparte con Sarmiento, fondo con el que el texto de éste cuenta, por decirlo así, porque era parte del bagaje de la élite ilustrada, americana o europea, de mediados del siglo XIX.²⁷

²⁶ Juan B. Alberdi, *Cartas quillotanas*, Buenos Aires, Ediciones Estrada, 1945, pp. 82-83.

²⁷ Ese tejido de lecturas comunes no estaba formado únicamente por los libros, sino también por las revistas, entre ellas la *Revue des deux mondes*, acaso el más prestigioso vehículo del espíritu del siglo para los intelectuales argentinos de la generación del 37. Sólo recuérdese lo que Sarmiento aduce en el *Facundo* para juzgar innecesario ofrecer una descripción detallada del combate de La Tablada: no va a entrar en los pormenores de una batalla tan conocida, dice, "brillantemente descrita" en la *Revue des deux mondes* (p. 152). Pues bien, de la misma revista podemos entresacar por nuestra parte la evidencia de que, al menos desde 1935, el símil entre la pampa y su poblador, por un lado, y el desierto y los árabes, por el otro, ya estaba disponible, si bien el procedimiento analógico aparece tomando por objeto al indio, no al gaucho. En efecto, en el número del 15 de enero de ese año la publicación incluye un artículo que lleva la firma de Th. Pavie y el título "Les indiens de la pampa" (pp. 129-148). En la primera página del artículo, tras un párrafo que evoca el espacio físico de la pampa —sus horizontes inmensos y deshabitados, apenas alterados acá y allá por el galope de un gaucho—, se lee a propósito de los indios: "A veces victoriosos, por lo general repelidos, su número parece no disminuir jamás; errantes y nómades como los Árabes del desierto, la Pampa les ofrece en sus impenetrables retiros asilos seguros, donde ellos van a disfrutar apaciblemente del fruto de sus conquistas". Más adelante el paralelo da lugar a una variación que ya nos es

Volvamos al *Facundo*. Sabemos ahora cuál es el contexto físico que, en conjunción con la colonización española y los contingentes raciales aborígenes, forma el *milieu* de la barbarie y sus hombres representativos. Ese mundo, sin ámbitos para la vida pública y en que reinan la fuerza y la arbitrariedad, tendrá ocasión de expresar toda su energía y su potencia destructora a partir de la revolución de la independencia. Recordemos la interpretación histórica de Sarmiento: las dos sociedades, la de la ciudad y la de la campaña pastora, coexistían en el territorio rioplatense, ignorándose recíprocamente, hasta que la revolución de 1810, que fue un hecho de la ciudad, se trasladó a la campaña en busca de apoyo y les dio un escenario nacional a las tendencias contenidas hasta entonces dentro de los límites de la pampa. Finalmente, los patriotas triunfaron sobre los españoles, pero la barbarie de la campaña terminó por triunfar sobre la civilización de la ciudad.

Tras el desarrollo de esta fórmula interpretativa comienza la biografía del caudillo Facundo Quiroga, las vicisitudes de cuya vida ofrecerán, junto al interés de lo novelesco, ejemplo e ilustración sensible a esa misma interpretación. La lectura del relato biográfico nos da la ocasión de comprobar que la idea del despotismo y su apariencia oriental no se han agotado en la evocación de las peculiaridades de la llanura argentina y los hábitos que ella produce. Ahora, aparte de la provincia natal del caudillo que recuerda a Palestina, es él mismo quien trae a la [96] mente las figuras del oriente. Ya hemos visto que recordaba a Alí-Bajá (como él miraba "por entre las cejas"), según la pintura que del sultán había hecho el francés Moinvoisin.²⁸ Pero el mecanismo orientalista parece incontenible: "sus dichos —escribe Sarmiento pocas páginas después—, sus expedientes, tienen un sello de originalidad que le daban ciertos visos orientales, cierta tintura de sabiduría salomónica en el concepto de la plebe".²⁹ Poco antes el personaje de Quiroga no recordaba la sabiduría salomónica, sino a Tamerlán y a Mahoma, y más allá es un "nuevo Emir de los pastores".

El esquema inspirador del despotismo no es siempre evidente, porque no

familiar: las llanuras de la pampa argentina —por donde avanza la "horda silenciosa" de los indios— son "planicies inmensas como las estepas del Asia". El artículo, por lo demás, habla de las caravanas de carretas que atraviesan esas llanuras, del capataz que las conduce, de las guerras civiles que irrumpieron tras la independencia, de las habilidades de Rosas, "el gaucho más cabal de la república". .. En fin, es difícil pensar que Sarmiento no conociera el texto. (Debo la referencia a este artículo a la gentileza de Alejandro Herreros. N. del A.)

²⁸ E. W. Said señala que en las obras de Delacroix y decenas de otros pintores franceses e ingleses del siglo XIX el cuadro de tema oriental cobró el carácter de un género con vida propia [102] (*Orientalism*, ob. cit., p. 118). A las filas de esos pintores pertenece August Raimond Quinsac Monvoisin, condiscípulo de Delacroix, que vivió varios años en Chile, donde pintó al sultán de Egipto, Mehemet-Alí. La referencia de Sarmiento indica que a éste no le era indiferente ningún ámbito de la imaginería orientalista que estuviera a su alcance.

²⁹ D. F. Sarmiento, *Facundo*, p. 90.

siempre es expreso. Quisiera simplemente señalar el funcionamiento implícito de ese esquema a propósito de algunos rasgos, que aparecen como rasgos del carácter de Quiroga tanto como del orden que surgió de sus victorias sobre la civilización de las ciudades. Comencemos por el miedo: "Incapaz de hacerse admirar o estimar, gustaba de ser temido", afirma Sarmiento.³⁰ Y el temor y el terror son reiteradamente señalados como los medios principales del poder, sea personal, sea político, que ejercía Facundo. Su solo nombre inspiraba terror (p. 88), así como su mirada (p. 91).

He aquí su sistema todo entero —escribe en un pasaje y a manera de síntesis—: el terror sobre el ciudadano, para que abandone su fortuna; el terror sobre el gaucho, para que con su brazo sostenga una causa que ya no es la suya; el terror que suple a la falta de actividad y de trabajo para administrar, suple el entusiasmo, suple a la estrategia, suple a todo.³¹

Pues bien, ¿cuál es el resorte del despotismo sino el miedo, el principio o la pasión, según Montesquieu, que hace obrar a esa forma de gobierno, así como la virtud política es la que mueve a la república, y el honor a la monarquía?³² (El miedo y el terror aparecen también, reite [97] radamente, en relación con el orden rosista, cuyo jefe, nos dice Sarmiento, tiene sometida por el temor a la culta Buenos Aires.) Pero si tal es *el principio* o resorte del despotismo, ese mal político que no sólo viene del desierto, sino que produce desierto a su alrededor,³³ ninguna ley, ninguna regla, según lo vimos antes, controla o modera los impulsos y los caprichos del déspota. La arbitrariedad es inherente a la naturaleza de ese tipo de gobierno. Podemos reconocer el funcionamiento de esta idea en muchas de las escenas a través de las cuales Sarmiento cuenta la vida de Quiroga, escenas en que éste aparece, una y otra vez, entregado al talante y los caprichos del momento. Citemos sólo una:

Un día está de buen humor Quiroga, y juega con un joven, como el gato juega con la tímida rata; juega si lo mata o no lo mata; el terror de la víctima ha sido tan ridículo, que el verdugo se ha puesto de buen humor, se ha reído a carcajadas, contra su costumbre habitual.³⁴

El relato en verdad continúa y el humor del caudillo se expande hasta tomar como víctima a toda la ciudad de La Rioja. Lo transcrito basta, sin

³⁰ *idem*.

³¹ D. F. Sarmiento, *Facundo*, p. 161. 32.

³² Montesquieu, *De l'esprit...*, III.

³³ Es también lo que produce a su alrededor el gobierno de los caudillos: "¿Qué consecuencias trajo sobre La Rioja la destrucción del orden *civil*? Sobre esto no se razona, no se discurre. Se va a ver el teatro en que estos sucesos se desarrollaron, y se tiende la vista sobre él: ahí está la respuesta. Los llanos de La Rioja están hoy desiertos; la población ha emigrado a San Juan; los aljibes que daban de beber a millares de caballos se han secado" (D. F. Sarmiento, *Facundo*, p. 108).

³⁴ *Ibidem*, pp. 104-105.

embargo, como figuración de una escena despótica típica, tan típica para el concepto de despotismo como aquellas en que Sarmiento representa la crueldad o el terror. Nada más elocuente, en este sentido, que el comentario con que cierra la narración de uno de esos raptos de su personaje que Sarmiento no puede censurar porque Facundo se ha mostrado magnánimo y generoso. "Por otra parte —escribe— ¿por qué no ha de hacer el bien el que no tiene freno que contenga sus pasiones? Ésta es una prerrogativa del poder, como cualquier otra" (en la 1ª edición había escrito *despotismo* donde dice *poder* desde la 2ª edición).³⁵

Podría observarse, por último, frente a éstas y a otras referencias textuales de sentido convergente, que en el *Facundo* no encontramos sólo analogías orientalistas y es [98] cenas que connoten la idea del despotismo. En efecto, para caracterizar la sociedad argentina Sarmiento habla también de Edad Media y de feudalismo, y la figura de Facundo Quiroga no tiene únicamente apariencia oriental: es asimismo el "hombre de naturaleza" y ejemplo de la categoría del "grande hombre", categoría historicista si las hay. Todo lo cual no haría sino recordarnos la variedad de piezas intelectuales y retóricas activadas por Sarmiento, ya para explicar ese "nuevo modo de ser que no tiene antecedentes marcados y conocidos"; ya para dotar al relato, a los cuadros de la naturaleza o a las escenas de costumbres, del encanto de lo novelesco y la sugestión de lo lejano; ya, en fin, para conferir fuerza persuasiva a argumentos que no suelen brillar por su encadenamiento lógico. La idea del despotismo, en conjunción con la imaginería orientalista, es sólo una de esas piezas.

³⁵ *Ibidem*, p. 166.

[103]

*Una vida ejemplar: La estrategia de Recuerdos de provincia**

CARLOS ALTAMIRANO
BEATRIZ SARLO

Indiquemos brevemente la oportunidad de este libro. 1850: en los círculos de exiliados argentinos, tanto en Chile como en Montevideo, se consolida día a día la convicción de que la brecha que se ha abierto entre el gobierno de Buenos Aires y el general Urquiza es irreparable y que ella anuncia el fin del rosismo. Sarmiento no sólo comparte esa certidumbre sino que se alista para intervenir en la crisis y promover su desenlace. En marzo de ese año ha publicado *Argirópolis* y la obra fue dedicada a la estrella militar en ascenso, el general Urquiza, "la gloria más alta de la Confederación". *Argirópolis* es el programa de un frente único antirrosista y un instrumento para alentar su constitución. En tono mesurado, Sarmiento se aplica a demostrar allí que la solución a los problemas más arduos de la organización nacional es simple y está al alcance de la mano: sólo Rosas es el obstáculo. Todos, es decir también el resto de los caudillos federales, pueden (más bien *deben*) ver en la permanencia de Rosas al frente de la Confederación la ruina de sus intereses, la ruina de las provincias y la ruina general de la nación. La alternativa, o sea el progreso y la riqueza, el orden de la ley y la incorporación del país a la órbita de la civilización burguesa, todo puede llegar si se da un solo paso, convocar el congreso que constituya a la república.

A la misma coyuntura pertenece *Recuerdos de provincia*, cuyos propósitos

* Publicado en *Escritura*, N° 9, Caracas, enero-junio de 1980

son también políticos, aunque diferentes de los de *Argirópolis*. "Ardua tarea es sin duda, hablar de sí mismo y hacer valer sus buenos lados, sin suscitar sentimientos de desdén, sin atraerse sobre sí la crítica, y a veces con harto fundamento; pero más arduo aún es consentir la deshonra, tragarse injurias, y dejar que la modestia misma conspire en nuestro daño", escribe Sarmiento en la presentación de sus *Recuerdos*.¹ Se trataría, pues, de una defensa dirigida a los "compatriotas" ante los ataques del rosismo contra su reputación. Pero sus compatriotas no le otorgaron demasiado crédito a esta intención declarada. Alberdi, cuando creyó que, por la magnitud de las diferencias políticas, había llegado la hora de decirlo todo, no prestó ninguna atención al escudo defensivo con que Sarmiento había presentado su libro.² Para Alberdi no sólo era impudoroso que quien se decía republicano hablara de sí de ese modo; también puso de manifiesto que el objeto de la obra era presentar la figura de un candidato.

En verdad, es poco creíble que le resultara arduo hablar de sí mismo a alguien que lo hacía con tanta frecuencia.

Sin contar *Mi defensa* (1843), Sarmiento, apenas un año atrás, había hecho una pormenorizada ostentación de sus méritos en una larga circular a los gobernadores de la Confederación. Más aún: en noviembre de 1849, vuelve a tomarse como personaje en un artículo contra Rosas. Traza allí, en un pasaje admirable y elocuente en [105] muchos sentidos, un paralelo entre el gobernador de Buenos Aires y él, y en la confrontación, las mismas disposiciones tienen en cada personaje objetos ético-políticos opuestos. Hasta la envidia: "Ambos son envidiosos. Rosas le envidia a su enemigo la mansa y quieta reputación que se ha hecho entre los argentinos, de querer el bien de su país... Sarmiento le envidia el puesto admirable que ocupa, y si pudiera suplantarlo, lo que se promete para dentro de diez años, se forma mil castillos de todas las grandes cosas que realizaría con el concurso de sus compatriotas".³

Pero en este punto, más importante que comprobar la reiterada complacencia con que Sarmiento habla de sí es observar que en la configuración misma de sus *Recuerdos* se revela que la polémica antirrosista es sólo el pretexto para una operación más compleja y ambiciosa. Decíamos que *Recuerdos* se inserta en la misma coyuntura que *Argirópolis*, coyuntura que precede y sucede inmediatamente a la caída del rosismo. Es la hora de los programas y de las propuestas de organización nacional y a ella pertenece el

¹ Las citas se harán siguiendo la edición de la "Biblioteca argentina fundamental", Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1979.

² Cf. Juan Bautista Alberdi, *Cartas quillotanas*, primera edición, 1853

³ Sarmiento, *Obras completas*, Buenos Aires, Editorial Luz del Día, 1948-1956, t. VI, p. 232.

ciclo de escritos del cual las *Bases* de Alberdi será el más afortunado. Al intervenir en ese espacio por medio de sus "reminiscencias", sin embargo, Sarmiento ya no se propone consolidar un campo de alianzas, sino convocar la atención sobre quien constituye la verdadera alternativa.

No sólo frente a Rosas: también frente al régimen de los caudillos. Y se trata de algo más que de la pretensión de adelantar la figura de un candidato, según la lectura nada concesiva de Alberdi. Por otra parte, Sarmiento mismo no hacía ningún secreto de sus aspiraciones: en la época de *Recuerdos* ponía en circulación una fotografía suya con la leyenda "Sarmiento, futuro presidente de la República". Pero hay otro pliegue político más en su intervención autobiográfica y radica en que Sarmiento busca definir por adelantado el papel que en la Argentina posrosista deben desempeñar [105] los actores que, en el presente, las necesidades de la alianza colocan lado a lado. En particular, los papeles respectivos del reformador letrado y el caudillo. Volveremos sobre esto más adelante.

Ahora bien, si ésta es la clave política del libro, el modo en que está construido y los medios literarios de que Sarmiento se vale para ello ponen de manifiesto una estructura ideológica y afectiva que no puede ser reducida a esa clave.

LA ESTRATEGIA DEL TEXTO

"El pasado puede ser a un tiempo objeto de nostalgia y objeto de ironía; el presente se experimenta sucesivamente como un estado degradado (moralmente) y como un estado superior (intelectualmente)."

STAROBINSKI

Recuerdos de provincia es un texto heterogéneo, cuya composición responde a diferentes modelos literarios. El primer índice de su heterogeneidad reside en que, presentándose como una defensa en la que Sarmiento está dispuesto a hablar de sí y de sus virtudes públicas, es a lo largo de buena parte del libro una historia de antepasados reales y adoptivos. En esta historia se alternan los episodios de costumbres, el panegírico, los retratos físicos y morales, la descripción de caracteres, los juicios políticos e históricos, la evocación subjetiva y la narración propiamente dicha. La disparidad temática y retórica produce a la vez la riqueza y las fisuras del texto, en general resultado de un exceso, de una acumulación donde es posible rastrear una idea de la eficacia estilística basada sobre la abundancia.

Se verá enseguida las razones ideológicas del vínculo entre autobiografía e historia en *Recuerdos*; la subje- [105] tividad romántica no hace sino

potenciar una teoría de la historia nacional pensada a través de sus tipos fundamentales: un linaje de grandes hombres que culmina en el propio Sarmiento. El texto, en su composición, se encarga de figurar este linaje, siendo primero historia y luego autobiografía. Pero cuando es historia, es historia cifrada: una narración llena de presagios y anticipaciones, que anuncia su desenlace en la biografía en primera persona de Sarmiento. Las anticipaciones son la forma literaria de esos presagios y ellas le dan ese ritmo sacudido entre el pasado y el presente que tiene el texto. Sarmiento, más que gobernar, parece gobernado por estos sacudimientos, estos cortes donde se pasa de los Sayavedra como tipos de la barbarie regional a una tarde en que Sarmiento fue insultado por uno de ellos, de los huarpes y su descendiente el rastreador Calíbar a la gloria que éste recibió en Europa por haber sido inmortalizado en el *Facundo*. No hay nada que no sea significativo en la historia pasada y que no proyecte sus luces y sus sombras sobre la vida del último grande hombre sanjuanino, el propio Sarmiento: como todo es significativo, todo es entrelazado en el movimiento del texto, que nunca deja de señalar las coincidencias, las similitudes, los paralelos, las amplificaciones que unen historia nacional y biografía personal.

Recuerdos se expande para albergar todos los agregados que, desde el punto de vista de una estrategia de persuasión, parecen necesarios. Esta estrategia se define en dos ejes: en primer lugar, la historia sirve para demostrar que la autobiografía es la de un descendiente, de un producto de la tradición nacional y no la de un agónico héroe desarraigado como en *Mi defensa*; en segundo lugar, el texto debe persuadir a sus lectores sobre las certidumbres de su ideología: no es la historia de cualquier hombre político, sino la del individuo capaz de forjar la solución de los problemas argentinos, el único rival de Rosas. Para los objetivos de la persuasión, el texto ha [106] elegido el contrapunto de la historia pasada y la situación presente, cruzándolo con la trama de biografía de grandes hombres y autobiografía del candidato. No siempre estos dos contrapuntos logran controlar la proliferación de contrastes, paralelos y anticipaciones, los recorridos de una anticipación a otra, de una vida ejemplar a otra, para apuntar todas a la emergencia de Sarmiento.

Los contrapuntos tienen un sentido en el pasado y otro en el presente de la narración. Vista desde el pasado, la autobiografía tiene su origen en la historia provincial y nacional; vista desde el presente, esta historia es un proceso cuyo punto más alto es la vida de Sarmiento. Este doble movimiento del texto modula los dos tonos de la escritura de *Recuerdos*: nostalgia, ironía comprensiva, inflexión ejemplarizante para el pasado; indignación moral y enjuiciamiento intelectual del presente. Al mismo tiempo, no puede afirmarse

que sean tonos completamente estables, cuya aparición está garantizada de antemano. Por el contrario, la degradación moral y cultural del presente que es denunciada con todos los recursos que la retórica presta a la indignación (interrogaciones, exclamaciones, sarcasmos, insultos, invocaciones, etc.), al conocer una excepción históricamente significativa en el surgimiento de Sarmiento como héroe, tiene su respuesta, también en presente, por medio de esas narraciones de escritura optimista: esas pequeñas novelas (episodios de iniciación, triunfos personales, reconocimientos) que condensan la carrera del protagonista. Y también, la ironía nostálgica con que se escribe sobre el pasado desaparece cuando la colonia, la Inquisición y Rosas entran a formar sistema en una serie de comparaciones características de una tesis histórica que, si no es fundamental en *Recuerdos*, emerge en muchos lugares del texto: Rosas es la culminación de la barbarie española.

La heterogeneidad de la escritura de *Recuerdos* es producida también por la alternancia de enunciados lite- [107] rarios e ideológicos. Esta alternancia se presenta como la modalidad característica de un texto que debe a la vez narrar una o varias historias y explicar su significado. El discurso subraya, por medio de enunciados ideológicos, las significaciones evidentes, completando, con un programa, la moral de los relatos ejemplares. Si ambos tipos de enunciados son relativamente coherentes desde el punto de vista de su ideología, ya que han sido combinados para que unos funcionen como ilustración de los otros, su heterogeneidad estilística no es menos perceptible cuando en un mismo tramo se narra un episodio, se describe un ambiente, se intercala un recuerdo y, finalmente, se utiliza todo como metáfora o condensación de una situación más general e inclusiva.⁴

Los enunciados literarios remiten a los ideológicos y viceversa. La acumulación de unos y otros, sobre todo cuando se sacan la palabra mutuamente, cuando se interrumpen y se precipitan disputándose el primer plano del texto, produce el efecto de la carencia de plan, sugiriendo una arritmia que por momentos se acerca más al desorden que a la heterogeneidad gobernada de los mejores tramos de *Recuerdos*. De este efecto también es responsable la resistencia a la corrección que llega a ser exhibida abiertamente: "Llamóse al servicio al indio Saavedra, salteador y asesino, muerto después de una puñalada en una borrachera, y no ajusticiado como, *por error*, dije hablando al principio de su familia".⁵ El error lo había cometido Sarmiento en uno de los primeros capítulos del mismo libro: ¿por qué no corrigió sobre el manuscrito, en vez de intercalar esta corrección

⁴ Véase, como ejemplo de este procedimiento, la historia de Jofré, el salón convertido en billar, la barbarización de las costumbres representada en la barbarización del lenguaje, etc. *Rec* pp. 24-5.

⁵ *Rec*, p. 183.

retardada? Si ya había entregado su manuscrito a la composición, ¿por qué no corrigió sobre pruebas?; ¿por qué no corrigió en ediciones sucesivas? Y, además, donde Sarmiento señala un error, hay en realidad otra anomalía: a la falsa muerte se agrega la disparidad en la escritura del nombre, Saavedra en el pasaje citado, Sayavedra en el capítulo que se le dedica. [108]

La digresión que se intercala para reparar el error, al que por otra parte no se quiere eliminar lisa y llanamente, no es sino uno de los muchos tramos del texto en que éste crece por agregación. El sistema de ramificaciones en que un episodio es interrumpido para intercalar otro se vuelve, por momentos, incontrolable y conspira contra la tensión narrativa que, a través de otros signos, Sarmiento busca claramente imprimir a su texto. *Recuerdos* conserva todos los rastros del primer trabajo de escritura, todo lo que, en la segunda lectura y en la corrección, se elimina para alcanzar cierto ideal compositivo limpio de desorden, de repetición, de obsesiones, de idas y vueltas. Si no puede afirmarse que conservar estos rasgos obedece siempre a una elección deliberada, tampoco puede atribuirse su constancia a un descontrolado apresuramiento, a una desprolijidad de carácter. Ellos tienen que ver, claro está, con la improvisación, pero concebida como un camino tan legítimo como otros de la producción literaria. Hay una teoría romántica del *impromptu* a la cual los métodos de la escritura de Sarmiento no son ajenos: el movimiento, aun desordenado, de la escritura reproduce en la superficie del texto el oleaje de la inspiración, la percepción violenta e instantánea de la verdad literaria que es, a la vez, verdad histórica.

LA ELECCIÓN DEL GÉNERO

"Lo mismo sucede con todos los grandes individuos históricos: sus propósitos particulares contienen la voluntad sustancial del Espíritu Universal."

HEGEL

¿Por qué una autobiografía? Sería ir demasiado rápido y hacerlo demasiado simple explicar esa elección literaria de Sarmiento únicamente por las razones políticas ex-[109] puestas más arriba. Entonces, ¿el egotismo, ese culto desaforado de "don Yo" como sus contemporáneos, con mayor o menor malicia, lo apodarían? Sí, la presión de este resorte, llamémoslo psicológico, es indudable, pero propuesta como explicación no deja de ser genérica y para especificarla, es decir para comprender las formas particulares que el egotismo asume en Sarmiento, las formas de una vindicación mortificada de méritos no reconocidos, hay que remontarse a las condiciones de constitución de esa estructura de sentimiento que es tanto psicológica como social y cultural.

Sarmiento nos dirá algo sobre ello, aunque a veces oblicuamente, en sus "reminiscencias". De todos modos, esa compulsión a vindicarse sólo nos aproxima a la cuestión planteada. Si bien ella le da una inflexión subjetiva fuerte a los propósitos políticos deliberados de la elección autobiográfica, resultaría insuficiente que nos detuviéramos allí, e ir más allá significa otorgarle todo su valor a un conjunto de certidumbres ideológicas que forman parte del mundo intelectual de Sarmiento.

El valor de las vidas ejemplares. "Gusto, a más de esto, de la biografía. Es la tela más adecuada para estampar las buenas ideas; ejerce el que la escribe una especie de judicatura, castigando el vicio triunfante, alentando la virtud oscurecida." ⁶ Se trata de una ejemplaridad moral y la biografía no es sino el instrumento didáctico que permite "estampar las buenas ideas" por medio del ejemplo concreto de una "vida". Esta concepción didáctico-moral de la biografía, que reaparece una y otra vez en *Recuerdos*, pero que Sarmiento enuncia también en muchas otras ocasiones, es una certidumbre hondamente arraigada en él. Allí se puede reconocer, sin dudas, un rasgo ideológico del reformador iluminista, afanado por extirpar los "vicios" o los errores que obstruyen la constitución de una comunidad civilizada y para quien hay un conjunto de principios o "virtudes" simples y útiles que deben inculcarse por los medios más eficaces. En Sarmiento, sin embargo, no se trata meramente de una [110] convicción abstracta, adquirida con el conocimiento de las doctrinas que forjaron su maduración ideológica. En el gusto por la biografía, gusto por escribirla, pero previamente gusto por leerla, se encuentra el eco de su propio descubrimiento de ciertas "vidas ejemplares", Cicerón primero, después y sobre todo, Franklin: "El segundo libro fue la *Vida* de Franklin y libro alguno me ha hecho más bien que éste".⁷ Y sobre las fantasías que esa lectura despertó, él lo dice todo: "Yo me sentía Franklin; ¿y por qué no? Era pobrísimo como él, estudioso como él, y dándome maña y siguiendo sus huellas, podía llegar un día a formarme como él, ser doctor *ad honorem* como él, y hacerme un lugar en las letras y en la política americanas".⁸

Pero en esa afición por las "vidas ejemplares" ¿no hay también la huella de un momento más arcaico, previo a su descubrimiento de los santos laicos que, como Franklin, deben "estar en los altares de la humanidad"? Es decir, la huella de su familiaridad con otras vidas de santos, aquellos que rodearon los años de formación bajo la tutela de sus tíos religiosos. En el mismo pasaje de *Recuerdos* en que evoca la experiencia conmovedora que representa para él la lectura de la vida de Franklin y en que reclama la divulgación de libros como

⁶ *Rec*, p. 9.

⁷ *Rec*, p. 162.

⁸ *Rec*, pp. 162-3.

ése, capaces de proporcionar un "modelo práctico, hacedero, posible" a las "aspiraciones del alma juvenil", Sarmiento rechaza la literatura hagiográfica: "Los predicadores nos proponen los santos del Cielo para que imitemos sus virtudes ascéticas y sus maceraciones; pero por más bien intencionado que el niño sea, renuncia desde temprano a la pretensión de hacer milagros, por la sencilla razón de que los que lo aconsejaban se abstienen ellos mismos de hacerlos".⁹ Ahora, si se lee con cuidado, se puede observar que la ironía un poco hereje del adulto incrédulo cae sobre el contenido de las virtudes inculcadas y no sobre la forma de su transmisión literaria, forma que integraba el repertorio de la enseñanza catequística del niño cu-[111] y as dos grandes predilecciones eran modelar santos y soldados en arcilla. Si la afición por la biografía como instrumento didáctico-moral pudo tener comienzos tan tempranos, con los años cambiarían los modelos a imitar. Las virtudes y los ejemplos ya no serían aquellos que conducen al cielo y a los altares de la religión, sino aquellos que llevan al progreso, a la civilización y a los "altares de la humanidad". Serán virtudes públicas y entre éstas pueden figurar la ambición o el afán de elevarse, si su ejercicio resulta beneficioso para la sociedad de los hombres. En otras palabras, los valores laico-burgueses ocupan el lugar de las buenas ideas a estampar por medio de las vidas ejemplares. Y el Franklin de los *Recuerdos* es Sarmiento mismo.

Hay, sin embargo, otro tipo de ejemplaridad, ya no moral sino histórica, la de los individuos representativos, aquellos cuya figura condensa el significado de toda una época. "La historia, escribe Sarmiento, no marcharía sin tomar de ella sus personajes, y la nuestra hubiera de ser riquísima en caracteres, si los que pueden, recogieran con tiempo las noticias que la tradición conserva de los contemporáneos. El aspecto del suelo me ha mostrado a veces la fisonomía de los hombres, y éstos indican casi siempre el camino que han debido llevar los acontecimientos."¹⁰ La determinación de los hombres por el suelo y los hombres o, mejor dicho, el grande hombre, como cifra de los acontecimientos: sabemos que es en *Facundo* donde Sarmiento ha empleado con mayor eficacia estos principios hermenéuticos. Es sabido también de dónde los ha extraído: de las lecciones del historicismo romántico, aprendidas no sólo en la historiografía sino en las novelas de su tiempo. En este caso, la biografía es también una forma apropiada, pero su función ya no es didáctico-moral, al menos ya no lo es en primer término. Vale sobre todo como medio de conocimiento histórico, como instrumento para descifrar enigmas, tal como *Facundo* resolvió los enigmas de la [112] guerra civil y del rosismo. En *Recuerdos*, Sarmiento elabora sus reminiscencias proyectando sobre ellas esa

⁹ *Rec*, p. 163

¹⁰ *Rec*, pp. 9-10.

visión historicista, tanto en la composición de los *tableaux* como en la construcción de los personajes, cuyos atributos y flaquezas morales son ante todo signos de una época. Hará algo más sin embargo, y aquí volvemos a reencontrarnos con la autobiografía: proyectará sobre sí, es decir sobre su propia trayectoria, ese signo de representatividad, haciendo de su destino no un destino contingente sino un destino histórico: "...pues que en mi vida tan destituida, tan contrariada, y, sin embargo, tan perseverante en la aspiración de un no sé qué elevado y noble, me parece ver retratarse esta pobre América del Sur, agitándose en su nada, haciendo esfuerzos supremos por despegar las alas y lacerándose a cada tentativa contra los hierros de la jaula que la retiene encadenada".¹¹ Su vida es el espejo de la vida de América del Sur, sus tribulaciones no son acontecimientos ordinarios sino la expresión condensada de las tribulaciones de una comunidad cuyas tentativas por instituir un nuevo orden se reflejan en la perseverante aspiración de Sarmiento. Así, su propia biografía es portadora de un sentido histórico tal como lo era la biografía de Quiroga. Mientras las peripecias de ésta revelaban el significado de la barbarie, los "trabajos" de aquella ponen de manifiesto los esfuerzos de la civilización. Al escribir su segunda autobiografía, Sarmiento le da forma a esta "conciencia de sí", conciencia a través de la cual vive su relación con la historia, y con las fuerzas que, según su versión del proceso argentino, se disputan el predominio del país. Si, de acuerdo con Gusdorf, Michelet ha hecho de la *Historia de Francia* su autobiografía, podría decirse que Sarmiento hace de su autobiografía un fragmento significativo de la historia nacional.

Ahora, en la vida de un individuo representativo ningún incidente es trivial: puede ser una anticipación que el curso posterior habrá de confirmar o puede ser la ma-[113]nifestación sensible de una tendencia histórica. "¡Por qué rara combinación de circunstancias mi primer paso en la vida era levantar una escuela y trazar una población, los mismos conatos que revelan hoy mis escritos sobre *Educación popular* y colonias!"¹² Así remata Sarmiento su evocación de los trabajos de civilización que llevó a cabo a los quince años acompañando a su tío en un lejano rincón de la provincia de San Luis. Desde la perspectiva del presente, la de los libros y los proyectos actuales, aquella combinación de circunstancias pierde su aparente contingencia para revelar una intencionalidad profunda que halla en el presente su cumplimiento y su verdad. La astucia de la razón (historicista), ya se sabe, se vale de mil azares para llevar a cabo sus planes y la combinación de circunstancias contiene el futuro en germen. "Las pequeñeces de mi vida", anuncia Sarmiento en la

¹¹ *Rec*, p. 144.

¹² *Rec*, p. 49.

presentación de *Recuerdos*, pero en realidad sitúa estas pequeñeces en una escala que las convierte en portadoras de sentido histórico. Incluso una anécdota familiar puede redimensionarse mediante el ejercicio de su reconstrucción historicista. Véase, por ejemplo, cómo anticipa y proporciona la clave del debate doméstico que habían librado la madre y las hermanas a consecuencia del afán innovador de estas últimas: "Deténgome con placer en estos detalles, porque santos e higuera fueron personajes más tarde de un drama familiar en que lucharon porfiadamente las ideas coloniales con las nuevas".¹³ Sarmiento reconstruye la porfía familiar insertándola en una red de juicios y reflexiones acerca de los efectos traumáticos de las transformaciones históricas y acerca de la ceguera cruel del espíritu de reforma a cualquier precio, al precio incluso de los valores alojados en las cosas del pasado, como ocurrió con el ímpetu renovador que se abrió paso junto al movimiento de la independencia. La lente historicista amplifica el drama familiar transformándolo en vehículo de un drama histórico, punto de confrontación de dos épocas: la co-[114]lonia y el espíritu español de un lado, el siglo XVIII, la voluntad de reforma, a veces despiadada y sin medida del otro.

Esa lente historicista, que es un componente esencial de la "conciencia de sí", no sólo redimensiona las pequeñeces de la vida individual o familiar, sino que las torna providenciales. Es tan orgánica la solidaridad entre el sentido de la historia patria y los incidentes de la trayectoria biográfica que Sarmiento la ve manifestarse desde antes de su nacimiento: "Extrañas emociones han debido agitar el alma de nuestros padres en 1810. La perspectiva crepuscular de una nueva época, la libertad, la independencia, el porvenir, palabras nuevas entonces, han debido estremecer dulcemente las fibras, excitar la imaginación, hacer agolpar la sangre por minutos al corazón de nuestros padres... Yo he nacido en 1811, el noveno mes después del 25 de Mayo".¹⁴

Autoconciencia historicista y providencialismo, afición por las vidas ejemplares, ya como forma didáctico-moral, ya como forma de conocimiento histórico, intención política deliberada, compulsión a vindicarse: es en el juego de esta determinación plural donde hay que colocar la operación autobiográfica de *Recuerdos*. La construcción del texto amalgama esas instancias sin disolverlas.

También el personaje resulta de la intersección de líneas dispares: es el protagonista de un relato de doble faz. Por un lado, la historia del descendiente de una vieja familia colonial; por el otro, los trabajos de la formación de un autodidacta. Heredero de un linaje y *selfmade man*, Sarmiento modula con

¹³ Adolfo Prieto ha llamado la atención sobre este episodio en *La literatura autobiográfica argentina*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1966. [157]

¹⁴ *Rec*, p. 144.

esta doble determinación las historias que sobre el mismo hombre se entrelazan en *Recuerdos*. Y si el arma del autodidacta es, como veremos, una compleja máquina de aprender, la riqueza del descendiente toma la forma de una genealogía y de una herencia simbólica. En nuestro análisis de las dos figuras se invierte el orden de secuencia de *Recuerdos*.

[115]

EL AUTODIDACTA Y LA MÁQUINA DE APRENDER

"Hombres así, obligados a crear hasta sus instrumentos de trabajo, en lugares donde a veces la actividad económica estaba reducida al mínimo de la vida patriarcal..."

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

En *Mi defensa*, la historia de la infancia es la narración de un aprendizaje. Sarmiento aprende a leer y en la práctica de la lectura descubre el origen de todas sus disposiciones intelectuales. No hay otro argentino del siglo XIX para quien el nexo entre lectura y cultura demuestre su necesidad de manera tan personal. Para Sarmiento, la capacidad de leer no es sólo instrumento sino principio y causa de la formación intelectual, según un modelo de aprendizaje solitario en el cual la lectura es siempre 'instructiva'. A Sarmiento no se le enseñó esa lectura de gusto, lectura por el placer, propia de la literatura, y, a la necesidad de aprender de todos los libros, se unió, en su horizonte cultural, la condena que la colonia dispuso sobre los textos de imaginación. Utilitaria y moral, la lectura infantil y adolescente de Sarmiento le imprime una marca que perdurará con los años: esa desconfianza de la poesía cuya lectura no agrega, de manera inmediatamente perceptible, conocimiento.

Sarmiento asegura "haber aprendido a leer muy bien"¹⁵ y es legítimo preguntarse cuál es el valor especial de esta disposición que se esgrime con tanta insistencia. Para quien a los treinta años, cuando escribe esto, ya es periodista en Chile e interlocutor o protegido de algunos políticos prominentes, el aprendizaje de la lectura debería, normalmente, recordarse sólo como episodio de infancia. Sin embargo, en *Mi defensa*, la afirmación tiene un significado [116] contemporáneo al momento en que se la enuncia. La capacidad de "leer bien" no se da todavía por supuesta, incluso en un hombre que, como Sarmiento, ya ha logrado sus primeros triunfos intelectuales. Sarmiento explica que "lee bien", captando íntegramente el sentido de los textos y que esa destreza adquirida ha despertado su "afición a instruir (se)": a los cinco años, en una pobre ciudad de provincia, el niño

¹⁵ *Mi defensa*, en *Sarmiento en el destierro*, edición ordenada con notas y un estudio por Armando Donoso, Buenos Aires, Gleizer, 1927, p. 160.

Sarmiento había atravesado la barrera social que separaba a los iletrados de los letrados, provocando la admiración del vecindario.¹⁶ Poder leer significaba entonces la condición de la independencia intelectual: rodeado de curas, alumno de algunos de ellos, Sarmiento al adquirir la capacidad de "leer muy bien" alcanza al mismo tiempo el acceso a la cultura sin la mediación de los letrados típicos de esa sociedad tradicional, los sacerdotes. Capacidad de lectura, adquisición de los instrumentos culturales y emancipación intelectual están, en la experiencia personal de Sarmiento, fundidos. En las provincias de su infancia y adolescencia, la lectura es el medio para la adquisición de un patrimonio simbólico y de un conjunto de disposiciones que, con las heredadas del linaje familiar evocado en *Recuerdos*, le permitirán salvar la distancia que lo separa de la miseria de los Albarracines.¹⁷

Sarmiento valora la lectura como la capacidad que lo colocó por encima de una sociedad iletrada, sin verse en la necesidad de recurrir a la carrera sacerdotal. De esta forma, en su experiencia, "leer bien" (disposición que su madre tuvo, nos cuenta, pero que había perdido a los setenta años; su padre tampoco era un hombre de 'muchas letras') es ya separarse del mundo del trabajo manual e ingresar en la sociedad de los espíritus cultivados. Incluso, en su recuerdo, la voz del padre expresa la misma convicción: insistía en que su hijo leyera, afirmando al mismo tiempo su decisión de que no ejerciera ningún oficio manual.

"Leer muy bien" origina, en su experiencia, la afición a instruirse, trazándose de este modo el camino del autodi-[\[117\]](#) didacta. Sarmiento cuenta en *Recuerdos* dos tipos de relación cultural, uniendo al aprendizaje de la lectura una genealogía letrada que es parte importante de su *familia construida*. Autodidacta, aparece empeñado al mismo tiempo en poblar sus años de infancia y adolescencia con figuras de maestros, muchos de ellos sacerdotes: el obispo Quiroga Sarmiento empezó a enseñarle a leer a los cuatro años y el presbítero José de Oro le impartió durante varios años lecciones que podrían llamarse de vida, más un conjunto de reglas morales prácticas que conocimientos propios de una instrucción sistemática. Estos maestros, y los que alentaron el clima democrático de la Escuela de la Patria fundada por la revolución en San Juan, no superaban en su enseñanza un nivel, el de las primeras letras, el de los dispersos conocimientos elementales. Es por eso por lo que, para siempre, Sarmiento quedó marcado por la convicción de ser un autodidacta.

¹⁶ En *Rec.*, p. 145, Sarmiento cuenta que se lo llevaba de casa en casa para que leyera en voz alta.

¹⁷ Como se verá más adelante, las familias materna y paterna habían seguido un curso de decadencia económica, aunque en el caso de los Albarracín el deterioro era más dramático, según el texto de *Recuerdos* que rememora, recogiendo un relato de Paula Albarracín, la riqueza colonial que ésta había alcanzado a ver, bajo la forma de tesoro, en casa de Antonia Irarrazábal.

En efecto, toda la historia de su aprendizaje es al mismo tiempo la historia de las dificultades materiales y sociales de su educación: "la fatalidad, escribe, intervenía para cerrarme el paso".¹⁸ El azar y la política bárbara son las dos figuras de la fatalidad y fue, justamente, contra ambas como Sarmiento adquirió su cultura, para transformarla luego en arma contra la barbarie y la arbitrariedad. Dos veces está a punto de ser enviado a Buenos Aires, al Colegio de Ciencias Morales: en la primera, el sorteo de las becas le resulta adverso; en la segunda, va a partir de San Juan en el momento en que las lanzas de Facundo Quiroga "venían en bosque polvoroso agitando sus siniestras banderolas por las calles".¹⁹ Según la narración de *Recuerdos*, el fracaso de su viaje a Buenos Aires y la llegada de Facundo están implicados por una causalidad tan fuerte, tan obvia, que Sarmiento no cree ni siquiera necesario explicarla. Esta es la primera de la serie significativa en que los hechos de su vida se cruzan —como premoniciones o símbolos— con los de la historia provincial. Pero este cruce ya había sido [118] anticipado en el mismo capítulo de *Recuerdos* de manera tal que las lanzas de Facundo sean también la culminación, no menos dramática por previsible, de otras fatalidades históricas: en 1821, una revuelta provincial impide su ingreso en el colegio de Loreto en Córdoba ("me dejó sin maestro de latín"); en 1825, abandona unos vagos estudios de agrimensura para seguir a San Luis a José de Oro quien se había exiliado allí después de derrotado el partido contrario al gobernador liberal del Carril en San Juan. La historia de las guerras civiles proporciona a los *Recuerdos* de Sarmiento los obstáculos que la fatalidad o la barbarie pusieron en el camino de su educación. El texto tematiza estos obstáculos, transformándolos en símbolos y anticipaciones, pero sólo oblicuamente nos habla de otro obstáculo, arraigado en la constitución misma de la sociedad provincial: el peso tradicionalista que representaba el predominio de la religión y del clero en la vida intelectual de San Juan. Al mismo tiempo que Sarmiento hace el elogio de los sacerdotes que fueron sus primeros maestros, el texto de *Recuerdos* silencia la serie de peligros que el adolescente autodidacta enfrentó hasta llegar a sus primeros modelos laicos: Cicerón y Franklin. Sólo en un tramo, la narración muestra, alusivamente, la profundidad del riesgo corrido. Es cuando se relata la experiencia con el cura Castro Barros. En el retrato del fanático religioso y político, que Sarmiento escribe tomando como patrón la figura del endemoniado y el exorcista al mismo tiempo, se muestran resumidos en un hombre los rasgos de una situación: frente a la religiosidad filantrópica y liberal de los Oro, el fanatismo de la Inquisición y la colonia, a cuyo clima cultural pertenece también el

¹⁸ *Rec*, p. 157.

¹⁹ *Rec*, p. 157.

rosismo. Pero a los dieciséis años, estas oposiciones que se van a organizar previsiblemente en el texto de *Recuerdos*, no figuran con tanta claridad en la perspectiva del adolescente que se confiesa con Castro Barros: "para consultarme de mis dudas, para acercarme más y más a aquella fuente de [119] luz, que con mi razón de dieciséis años hallé vacía, oscura, ignorante y engañosa".²⁰ El oxímoron organiza la construcción de la frase, con su clásico procedimiento de condensación (fuente de luz oscura, fuente —por desplazamiento: manantial— vacía). Pero no sólo formalmente este oxímoron exhibe una oposición y tampoco esta oposición es sólo semántica. La presencia de la figura descubre y sintetiza la contradicción que atravesaba la religiosidad, contradicción ideológica (curas liberales y curas fanáticos) y política (los debates sobre la regulación de las relaciones entre Iglesia y Estado provincial son importantes en la historia de Oro que narra *Recuerdos*). Respecto de este campo dominado por la religión, la intervención de la Iglesia en lo político y la presencia mayoritaria de sacerdotes en el mundo intelectual de la provincia, debe construir el adolescente Sarmiento su nueva cultura. Este es el otro obstáculo de la fatalidad social que obstruye el camino del autodidacta, aunque, como en el oxímoron, la obstrucción haya sido el primer momento de su educación: la religión le proporcionó las primeras letras.²¹

Hay en *Recuerdos* una ambivalencia básica frente a la carrera del autodidacta. Por un lado se exalta el titanismo romántico de su empresa y se valorizan las dificultades vencidas en el trayecto, centrado sobre la actividad frenética de la lectura, para llegar a la cultura con la mediación casi exclusiva de los libros. Pero, por el otro, se experimenta una tensión competitiva constante respecto de la cultura académica. La existencia del espacio académico con su jerarquía y su sistema de promoción se convierte, para el autodidacta, en la prueba visible de su diferencia, que no puede vivir sino como mortificación. A Sarmiento le faltan todos los títulos que se adquieren según los procedimientos formales: no tiene herencia material ni apellido, no ha hecho carrera militar ni pertenece al clero como sus parientes más ilustres; no es, ni siquiera, doctor. Estas carencias irri-[120] tan la narración de *Recuerdos* con una suerte de comparación permanente entre el autodidacta y los doctores. El texto tiene un tono de desmesurada indignación cuando

²⁰ Rec, p. 159.

²¹ Y los primeros textos son también sagrados: "Otra lectura ocupóme más de un año: ¡la Biblia! Por las noches, después de las ocho, hora de cerrar la tienda, mi tío don Juan Pascual Albarracín, presbítero, ya me aguardaba en casa y durante dos horas discutíamos sobre lo que iba sucesivamente leyendo, desde el Génesis hasta el Apocalipsis". Rec, 158. Las consecuencias de esta formación se proyectan, dice Halperin, sobre la escritura de Sarmiento: "En Sarmiento la capa más honda no la proporcionan Moratín ni Jovellanos, sino una arcaica cultura eclesial y escrituraria", prólogo de Tulio Halperin Donghi a *Campaña en el Ejército Grande Aliado de Sud América*, México, Fondo de Cultura Económica, 1958, p. XXXVII.

recuerda algunos de los lemas con que se lo atacó en Chile. Estos ataques son para Sarmiento siempre mortales porque le parece que ponen en peligro toda su carrera, su identidad y su nombre, incluso en el caso del que se transcribe y que el relato presenta como una broma de colegio: "No a principio de mi carrera de escritor, sino más tarde, levantóse en Santiago un sentimiento de desdén por mi inferioridad, de que hasta los muchachos de los colegios participaron. Yo preguntaría hoy, si fuera necesario, a todos esos jóvenes del *Seminario*, si habían hecho realmente estudios más serios que yo. ¿También a mí querían embaucarme con sus seis años del Instituto Nacional? ¡Pues qué! ¿No sé yo, hoy examinador universitario, lo que en los colegios se enseña?".

²²En efecto, Sarmiento ha pasado de examinado a examinador, pero las heridas de la titánica acumulación del saber permanecerán abiertas de por vida. América del Sur no era como esos Estados Unidos que ya conocía, donde podía cambiarse el equipo de minero por el frac y ascender de minero a legislador. Por eso perseguirá siempre un doctorado, un grado militar que merecería por su ciencia en la materia, un reconocimiento académico. Es, como lo repetirá, convirtiéndolo en uno de sus temas autobiográficos, un hijo de sus obras. A Europa, según el relato de *Viajes*, llevó dos presentaciones, la del gobierno chileno de quien era enviado y el *Facundo*. Creía que la segunda era la más valiosa y con ella forzó la circunspección de los políticos franceses y montó guardia frente a la puerta de *la Revue de Deux Mondes*. Pero si el texto de *Recuerdos*, por un lado, afirma "a mi progenie me sucedo yo" y esta fórmula preside el relato de la carrera del joven pobre, se hace cargo también de la contradicción que el autodidacta padece frente a las jerarquías tradicionales. Esta contradicción [121] se pone en el camino de Sarmiento en muchos momentos de su vida y la irritación con que contesta a los muchachos chilenos del Seminario, parece también anticipar el juicio despectivo de Alberdi en las *Cartas quillotanas*. Sarmiento es un periodista que no ha escrito un solo "libro dogmático", es decir, es un hombre incapaz, por su formación, de construir sistemas.

Pero junto a la obsesión de la desventaja del autodidacta, Sarmiento conoce las gratificaciones que proporciona el saber. Su elevación social está conectada con la cultura adquirida. E, incluso, su identidad social, en Chile, está definida por sus instrumentos culturales. En el texto de *Recuerdos*, la formación solitaria es propuesta también como modelo: triunfar sobre las dificultades de una educación asistemática, hasta llegar a convencerse de que incluso es mejor y más independiente que la formación académica, se une para siempre con una forma de transmisión del saber que el texto exalta. Son los

²² *Rec*, p. 169.

catecismos, las preguntas y respuestas, los ejemplos, las normas fáciles. La forma catecismo, que su tío Oro utiliza en los diálogos con el niño Sarmiento, aparece como la solución del aprendizaje solitario. En el catecismo se reproduce fantasmagóricamente el diálogo entre maestro y discípulo, las preguntas se anticipan a las dudas que las respuestas previsiblemente aclararán. El joven protagonista de *Recuerdos* los había presentado: "¡Los he hallado!, podía exclamar como Arquímedes, porque yo los había previsto, inventado, buscado aquellos catecismos..."²³ y su experiencia con los catecismos de Ackermann sobre historia influye en el modelo de transmisión del saber que el texto va proponiendo. Cuando recuerda el tipo de religiosidad de su madre, inculcada por el dieciocheco cura Castro, aparece el motivo pedagógico de las normas fáciles y sencillas, que puedan ser repetidas y cumplidas; antes había contado su experiencia con el cura Oro, cuyas respuestas a las preguntas del Ciudadano (el niño Sarmiento) se anotan y se conservan [122] en un cuaderno; más tarde, el giro decisivo que fue la lectura de un libro fácil y ejemplar, la autobiografía de Franklin; en el capítulo final de *Recuerdos*, cuando llega el momento de resumir la obra realizada hasta entonces, la preocupación por la simplificación de los métodos de aprendizaje, las instrucciones a los maestros y, en especial, su propuesta de modificación ortográfica, demuestran haber recibido tanta atención como la redacción, traducción o edición de vidas ejemplares, esa especie de hagiografía laica que domina la figura de Franklin. Y los impulsos democratizantes del adulto Sarmiento se alimentan de la experiencia del adolescente de *Recuerdos*, al hacer de la simplificación de la escritura y de las formas de exposición del conocimiento vehículos de su difusión popular.

NACE UN ESCRITOR

"Fuera del mundo literario, no existe ni una sola persona que conozca la horrible odisea que hay que sufrir para lograr una cierta fama."

BALZAC, *Las ilusiones perdidas*

El capítulo de *Recuerdos* titulado "Chile" es el de la lucha por el reconocimiento narrada a través de dos motivos: la iniciación y la difamación. En ambos se decide el destino del protagonista, que vive el episodio de iniciación como el punto donde la vida cambia de curso, punto en que la vocación se expresa, es legitimada públicamente, si se triunfa, y que señala, al mismo tiempo, el ingreso a otro mundo (el de los adultos, el de los

²³ *Rec*, p. 158.

consagrados, el de los ricos, el de los amantes, etc.) Tema romántico si lo hay, el de la iniciación (y el de la derrota de la infamia) no sólo se repite en *Recuerdos*, sino que aparece cargado de un contenido simbólico denso. [123]

La iniciación literaria en Chile no por azar aparece en el texto vinculada directamente al episodio de cruce de la cordillera e inscripción de la famosa divisa sobre las ideas, con que se abre la primera edición de *Facundo*.²⁴ El texto establece claramente, por contigüidad y continuidad del relato, el vínculo entre "On ne tue point les idées", escrito por Sarmiento bajo las armas de la patria, y el artículo que publica a los tres meses en la prensa chilena. Ambos textos, la inscripción y el artículo, son anónimos. Mejor dicho, están incluidos en un sistema de atribuciones que, en vez de encaminar hacia sus verdaderos autores, despista a quien quiera reconocerlos. La frase inscrita al cruzar la cordillera, cuya procedencia Sarmiento se cuida bien de descubrir, no anunciándola ni como propia ni como ajena, fue diversamente atribuida a Volney, Fortoul, Diderot y Didier. El artículo con que se inicia en la prensa chilena aparece firmado por "Un teniente de artillería en Chacabuco". El seudónimo o el anonimato les otorga un carácter cifrado a esos textos. Hay una traducción de "On ne tue point les idées" que Sarmiento proporciona en *Facundo* y que seguramente conserva su vigencia para el momento en que escribe *Recuerdos*: "¿Qué significa esto?... Significaba simplemente, que venía a Chile, donde la libertad brillaba aún, y que me proponía hacer proyectar los rayos de las luces de su prensa hasta el otro lado de los Andes".²⁵ Pero el significado de la divisa en francés debe buscarse también en su doble enlace con *Recuerdos de provincia*: en su mención explícita al comenzar el capítulo sobre Chile, y en el episodio que lo precede cronológicamente, que falta en *Facundo* y está en *Recuerdos*. La noche anterior al cruce de los Andes, Sarmiento está a punto de ser muerto en uno de esos confusos episodios de las guerras civiles argentinas. Se salva, simplemente, por un ardid de la inteligencia, demostrando en su éxito la astucia de la 'civilización' frente a la violencia ciega de la soldadesca "bárbara". Las "ideas" son [124] las que, encarnadas en Sarmiento, cruzan al día siguiente la cordillera hacia su segundo exilio. Así, el lema francés tiene a la vez un significado universal y una traducción concreta en la figura del futuro escritor. Del mismo modo, también es cifrado el mensaje de su primer artículo periodístico en Chile sobre

²⁴ "A fines del año 1840, salía yo de mi patria, desterrado por lástima, estropeado, lleno de cardenales, puntazos y golpes recibidos el día anterior en una de esas bacanales sangrientas de soldadesca y mazorqueros. Al pasar por los baños de Zonda, bajo las armas de la patria que en días más alegres había pintado en una sala, escribí con carbón estas palabras: *On ne tue point les idées*. El Gobierno, a quien se comunicó el hecho, mandó una comisión encargada de descifrar el jeroglífico. Oída la traducción, ¡y bien! —dijeron— ¿qué significa esto?". *Facundo*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977, pp. 4-5.

²⁵ *Facundo*, ed. cit., p. 5.

la batalla de Chacabuco. No sólo lo firma indicando su participación en ella, sino que el texto del artículo desarrolla, en paralelo con el exilio de Sarmiento, la dispersión y oscuridad que rodea a los héroes de la independencia.

Sarmiento mismo aclara que "hablaba en nombre de los antiguos patriotas" y es por esa flexión de su texto que se permite el seudónimo con que lo firma.

Pero el seudónimo funciona también como un sello de legitimidad para el primer artículo del escritor desconocido. No porque los jefes militares argentinos de la independencia se vieran rodeados en ese momento de un especial prestigio (más bien, de un olvido del cual no faltan viejas razones políticas y contra el que el artículo de Sarmiento se propone combatir), sino por lo que representa la firma para la autoridad de los textos.²⁶ Un hombre autorizado podía, con beneficio para todos, apropiarse de textos ajenos y al ponerles su nombre legitimar su circulación. En el plano simbólico, al embozarse como "Teniente" del arma más moderna, el arma revolucionaria y napoleónica, en una batalla gloriosa, Sarmiento crea, imaginariamente, una autoridad que su nombre no podía darle al comentario sobre Chacabuco y la diáspora de los viejos mariscales de la independencia. Pero al mismo tiempo que da autoridad a su artículo del *Mercurio*, llama la atención sobre quien es todavía un escritor a quien nadie conoce.

Cuando comienza el relato del episodio de iniciación propiamente dicho, el primer motivo que aparece es el de la soledad social del autodidacta (que, desde la perspectiva del narrador, recarga con su exceso la soledad moral del exiliado). Nadie, se afirma, puede comprender las an-[125] gustias que atravesó Sarmiento el día de la publicación del artículo. Hay un modelo del éxito, del surgimiento de un nuevo autor que Sarmiento toma en préstamo de la novela y el teatro románticos: en primer lugar, el que triunfa es un extraño al medio (joven de provincias que llega a París, el Lucien de *Las ilusiones*

²⁶ En *Recuerdos* se cuenta que el deán Funes, poseedor de una buena biblioteca europea, construía algunas veces sus textos [158] con fragmentos de sus autores más afines y que esta escritura (que la modernidad conviene en llamar plagio) recibió esa acusación sólo cuando la posesión de los libros se generalizó en Buenos Aires y Córdoba. La falta de bibliotecas crea las condiciones ideológicas y la legitimidad literaria del plagio que Sarmiento, por lo demás, sigue defendiendo: "Aquello, pues, que llamamos hoy plagio, era entonces erudición y riqueza; y yo preferiera oír por segunda vez a un autor digno de ser leído cien veces, a los ensayos incompletos de la razón y del estilo que aún están en embrión, porque nuestra inteligencia nacional no se ha desenvuelto lo bastante para rivalizar con los autores que el concepto del mundo reputa dignos de ser escuchados", p. 108. A continuación Sarmiento desarrolla una teoría original sobre el plagio: los hombres de prestigio reconocido traducen y firman con su propio nombre los buenos textos de autores extranjeros, a fin de que estas obras circulen con la prueba de legitimidad que les otorga la firma del escritor nacional conocido. El deán Funes habría seguido este movimiento al construir sus argumentos con palabras ajenas a las que, para que circularan más libremente en la colonia, las privaba de la marca de la cita: sin comillas, estos textos sólo se revelaron ajenos cuando, con la independencia y el avance de las luces, otros entendidos formaron las mismas bibliotecas y leyeron los mismos libros. Pero, para Sarmiento, persiste el hecho de que las condiciones sociales, o como en este caso la oscuridad del autor, autorizan tanto la atribución como la apropiación de textos.

perdidas) y frente a su público posible, público de consagrados (Bello, Olañeta, nombra Sarmiento) se percibe aún rústico e ignorante; en segundo lugar, el triunfo o el fracaso son acontecimientos súbitos, que transportan a su protagonista desde la oscuridad a la fama, y todo se juega en un artículo, en el aplauso final después de que baja el telón. Es tan explícito el modelo con el que Sarmiento narra su primer triunfo que, sobre el fin del episodio, se mencionan sus fuentes literarias en una comparación que no oculta nada: "El éxito fue completo y mi dicha inefable, igual sólo a la de aquellos escritores franceses que, desde la desmantelada guardilla del quinto piso, arrojan un libro a la calle y recogen en cambio un nombre en el mundo literario y una fortuna".²⁷ Con estos instrumentos extraídos de la literatura y de la mitología de la vida literaria parisina, Sarmiento piensa su primera intervención en Chile que, por ello, se carga doblemente de dramatismo: es la iniciación de un autodidacta.

En la segunda parte del episodio, y por un movimiento de la narración que es típico de Sarmiento, lo que parecía un riesgo—el escritor autodidacta oscilando entre la fortuna y el fracaso— se desvanece: en las tertulias sólo se habla del artículo y Sarmiento asiste y participa en la discusión de sus méritos sin que sus interlocutores descubran que es él el autor que están consagrando. El triunfo del autodidacta no se limita a que, simplemente se descubra quién es el autor, un joven argentino que ha demostrado saber escribir, sino en confundir a quienes luego serán sus adversarios en innumerables polémicas. Les hace creer que, por la casticidad de su lengua, el artículo no podía haber sido escrito por un argentino ("era [126] irreprochable en estilo, castizo en el lenguaje, brillante de imágenes")- El recién llegado, el desconocido, el oscuro, no sólo triunfa sino que, además, engaña a quienes lo consagran. En este episodio de iniciación el autodidacta ha demostrado que sabe más que sus jueces.

LA CADENA DE LOS LIBROS

Para el autodidacta el único medio de producción de conocimientos es la cadena de los libros. Esta cadena excluye al maestro y enlaza texto con texto, obras que se remiten unas a las otras. En la máquina de aprender que ha ideado Sarmiento la cadena de los libros es una pieza fundamental en la transmisión de las ideas.

En *Recuerdos* predomina una concepción libresca del conocimiento. En especial, del saber sobre materias 'elevadas', ya que es posible leer también la

²⁷ *Rec*, p. 191.

defensa de las lecciones prácticas que él recibió de Oro; y su madre, del cura Castro. Pero en las materias 'elevadas', la ausencia de instituciones formales de enseñanza convierte a la cadena de los libros en la pieza fundamental de la máquina del conocimiento. Esta experiencia, exitosa para Sarmiento, se repite como motivo autobiográfico desde *Mi defensa* a *Recuerdos de provincia*. La cadena de los libros, tal como aparece en *Mi defensa*, es la cadena de las remisiones: "Mis lecturas continuaban, y como unos libros me hacían conocer la existencia de otros, yo buscaba en San Juan todos los que llegaba a conocer por sus nombres".²⁸ La situación no carece de cierto dramatismo intelectual, si se piensa que lo que debía conseguirse, en primer lugar y como condición, era la noticia sobre la existencia de un autor y después encarar la empresa de la adquisición del libro. La formación de la cadena (con libros que, como se vio, Sarmiento a veces presiente antes de tener la certeza de que existen) ilustra sobre el medio social de su apren-[127] dizaje y explica también el valor simbólico que lo escrito adquiere para Sarmiento desde entonces.

Toda enseñanza y cualquier adquisición cultural se le aparece metaforizada como libro. Los ejemplos de esta condensación de lo oral y lo escrito / impreso son reiterados: cuando el personaje de *Recuerdos* es consultado sobre su opinión, literalmente, le salen "las páginas de un libro de los labios";²⁹ en Copiapó, cuando expone sus ideas acerca de la colonización del sur ante sus amigos, afirma que edita un libro oralmente; incluso la enseñanza oral, con el presbítero Oro, se somete a este sistema figurativo: "Las reminiscencias de aquella lluvia oral que caía todos los días sobre mi alma, se presentaban como láminas de un libro cuyo significado comprendemos por la actitud de las figuras. Pueblos, historia, geografía, religión, moral, política, todo ello estaba ya anotado como en un índice".³⁰ Sarmiento narra una situación de aprendizaje representándola como 'libros sin maestros'. Aparte de su pasaje por la Escuela de la Patria, su único maestro fue el presbítero Oro, en la campaña de San Luis: y allí la situación fue inversa, un maestro casi sin libros, hasta el punto de que se escribía un libro, bajo la forma de catecismo, compuesto por las intervenciones de maestro y alumno. Separado de Oro e interpuesta la fatalidad en su educación sistemática, el personaje de *Recuerdos* hipotetiza la existencia de libros ("pero debe haber libros, me decía yo").³¹ Aunque el movimiento más significativo del relato es cuando concluye que el acto solitario de la lectura puede suplir a la relación social del aprendizaje ("entendiendo bien lo que se lee, puede uno aprenderlas / todas las materias

²⁸ *Mi defensa*, ed. cit., p. 162.

²⁹ *Rec*, p. 166.

³⁰ *Rec*, pp. 157-8

³¹ *Rec*, p. 158.

sistemáticas / sin necesidad de maestros").³² Sarmiento compensa así con el gesto típicamente voluntarista del autodidacta las privaciones a que lo somete su historia.

La cadena de los libros tiene la arbitrariedad de los catálogos y de los estantes de las bibliotecas. Su de-[128] sorden moldea el desorden de la cultura del autodidacta, regido sólo por el azar de las remisiones o el azar del alfabeto. Sarmiento va a padecer para siempre los efectos de este desorden, a la vez que, en un gesto característico, podrá llegar a presentarlo como una ventaja.

Por lo demás, a la cadena construida en su adolescencia con los libros que la cultura colonial y posrevolucionaria había depositado en las bibliotecas de San Juan, le faltaban algunos de los eslabones que iban a ser decisivos en la formación de Sarmiento. Recién en 1838, a los veintisiete años, cuando Quiroga Rosas regresa a la provincia con su "biblioteca de autores modernos", Sarmiento escucha por primera vez algunos de los nombres claves de su maduración intelectual: Villemain, Guizot, Tocqueville, Leroux, *la Revue Encyclopédique*. En el sistema figurativo de *Recuerdos*, estos nombres pasan a representar una 'formación universitaria' y, concluida su lectura, Sarmiento describe el programa de su actividad futura. Del intelecto concebido como reflejo simple de los primeros años de lecturas, después del intermedio representado por la biblioteca típica de la generación del 37, se pasa a la aplicación de los conocimientos a la vida. Esta actividad, significativamente, vuelve a ser concebida, de manera libresca, como traducción y adaptación: "Traduciendo el espíritu europeo al espíritu americano, con los cambios que el diverso teatro requería".³³ Traducción en sentido figurado, pero también en sentido propio: entre sus obras Sarmiento menciona especialmente, sobre el final de *Recuerdos*, los libros que ha traducido o ha encargado traducir. Porque es precisamente esa otra máquina, junto con la cadena de los libros, la máquina de traducir, la que produce el aprendizaje cuyo modelo se describe en *Recuerdos*.³⁴[129]

³² *Rec*, p. 158.

³³ *Rec*, p. 168.

³⁴ Citamos dos pasajes de la *Autobiografía* de Alberdi, significativos para comparar las condiciones sociales y culturales de la formación de éste con la de Sarmiento. Respecto del medio familiar de Alberdi: "Yo fui objeto de las caricias del general Belgrano en mi niñez, y más de una vez jugué con los cañoncitos que servían a los estudios académicos de sus oficiales en el tapiz de su salón de su casa de campo de Ciudadela. Mi padre explicaba, en conferencias *privadas*, a los jóvenes de ese tiempo, los principios del *Contrato social*...". Y respecto de la trama de amistades y libros: "En ese tiempo contraí relación es-[159] trecha con dos ilustrísimos jóvenes, que influyeron mucho en el curso ulterior de mis estudios y aficiones literarias: don Juan María Gutiérrez y don Esteban Echeverría... Por Echeverría, que se había educado en Francia durante la Restauración, tuve las primeras noticias de Lerminier, de Villemain, de Víctor Hugo, de Alejandro Dumas, de Lamartine, de Byron y de todo lo que entonces se llamó el romanticismo, en oposición a la vieja escuela clásica. Yo había estudiado filosofía en la Universidad por

EL POLIGLOTISMO RIOPLATENSE

"Nula, pues, la ciencia y la literatura española, debemos nosotros divorciarnos completamente con ellas, y emanciparnos a este respecto de las tradiciones peninsulares, como supimos hacerlo en política, cuando nos proclamamos libres. Quedamos aún ligados por el vínculo fuerte y estrecho del idioma; pero éste debe aflojarse de día en día, a medida que vayamos entrando en el movimiento intelectual de los pueblos adelantados de la Europa. Para esto es necesario que nos familiaricemos con los idiomas extranjeros, y hagamos constante estudio de aclimatación al nuestro cuanto en aquellos se produzca de bueno, inteligente y bello."

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ,
discurso inaugural del Salón Literario

Sarmiento defiende no sólo la legitimidad sino también la necesidad del poliglotismo. Y vinculado con esto, el derecho a contaminar el español americano. Los años del rosismo fueron, en el nivel ideológico, religioso, cultural, fuertemente xenófobos; xenofobia y xenofilia marcaron los extremos de una oposición que se repetía en la política. Si Rosas había empleado a un sabio italiano para que escribiera en español sus gacetas, Sarmiento y los románticos del 37 escriben sus textos tratando de aproximar el español a las lenguas europeas, fundamentalmente al francés.

En *Recuerdos*, se compara el clima cultural del rosismo con el de la colonia, y la perspectiva frente a lo extranjero es el eje de la comparación. Del mismo modo, y desde el punto de vista de los caudillos, Sarmiento es apostrofado como hereje y judío, palabras que dentro del sistema de insultos políticos del período funcionan como equivalentes infamantes de 'extranjero'. Hay una línea que, en la cultura argentina, vincula de diversos [130] modos la pureza lingüística y la pureza 'racial'³⁵ y las variantes de esa vinculación definen las diversas colocaciones frente a los libros y las lenguas extranjeras. La generación del 37 y en esto Sarmiento adopta la misma perspectiva, reclamó por primera vez en la cultura argentina el derecho que los intelectuales tienen de contaminar el español recibido de España, de convertirlo en rioplatense, transitando para esta conversión por el desvío de las lenguas europeas. Desviarse de la norma española fue prácticamente el programa enunciado en los discursos que inauguran el Salón Literario, proyectando los efectos del desvío sobre la política, la ideología y la cultura.

La contaminación lingüística (esencialmente el galicismo) no se considera

Condillac y Locke, me habían absorbido por años las lecturas libres de Helvecio; Cabanis, de Holbach, de Bentham, de Rousseau. A Echeverría debía la evolución que se operó en mi espíritu con las lecturas de Víctor Cousin, Villemain, Chateaubriand, Jouffroy y todos los eclécticos procedentes de Alemania en favor de lo que se llamó el espiritualismo". Alberdi, *Autobiografía*, Buenos Aires, Jackson, pp. 34 y 51.

³⁵ Véase al respecto: Carlos Altamirano, "La fundación de la literatura argentina", en este mismo volumen.

como un 'efecto perverso' del poliglotismo, sino que se la practica como su manifestación estilística necesaria, incluso estéticamente bella. Si el poliglotismo funciona como condición que permite asimilar la cultura de la modernidad europea, la contaminación lingüística es el signo de la 'profundidad' de la asimilación: mayor profundidad cuanto más se afecte la norma española; mayor 'naturalidad' en la relación cultural, cuando sea la escritura la que se modifica buscando a la lengua extranjera como espejo. La consigna de Gutiérrez, hay que galicar el castellano para galicar las ideas, es el programa del poliglotismo romántico: en realidad un bilingüismo radicado fundamentalmente en las operaciones de lectura.

"Para los pueblos del habla castellana, se lee en *Recuerdos*, aprender un idioma vivo es sólo aprender a leer, y debiera uno por lo menos enseñarse en las escuelas primarias."³⁶ Asimilada la lectura a la lectura de libros extranjeros, la historia de la adquisición del saber vuelve a ser, para Sarmiento, la aventura del aprendizaje garantizado nuevamente por una máquina: "una sencilla máquina de aprender idiomas, que he aplicado con suceso a los pocos que conozco".³⁷ El modelo vuelve [131] a ser el del aprendizaje libresco, sin maestros, el autodidacta encerrado en una pieza con una gramática, un diccionario y un texto. Por eso a Sarmiento para aprender a leer le basta poner en funcionamiento un léxico y una sintaxis. Reconoce varias veces en *Recuerdos* que la pronunciación le es inaccesible: cuando aprende solo, se maneja abstractamente con la constitución formal de la lengua; cuando consigue un maestro, éste lo defrauda, como el ex soldado de Napoleón al que recurre en San Juan, quien al ignorar las relaciones formales no puede alimentar la máquina que ya ha montado Sarmiento.

La función de este poliglotismo escrito la describe Sarmiento en *Recuerdos*: una máquina de leer, el dominio de una técnica que no tiene su valor en sí misma sino por los textos cuya posibilidad de conocimiento abre. Sarmiento no puede hablar inglés, y no lo logró nunca, maneja el francés con una dificultad que suponemos grave; sin embargo, relata su aprendizaje como si éste hubiera alcanzado todos sus objetivos. Y así había sido en realidad: al ser únicamente un signo de la cultura escrita, un instrumento de la lectura, el idioma extranjero imponía un uso eminentemente práctico y distinguía a su poseedor de aquellos que no podían leer, dado que, para citar a Sarmiento, no había nada en español que mereciera ser leído.³⁸

³⁶ En los *Viajes* Sarmiento dramatiza la misma idea, en un diálogo mantenido con españoles y en España: no hay nada en castellano que pueda ser leído con provecho. En *Facundo*, la capacidad de leer en idioma extranjero es un rasgo de la "civilización" de la cultura urbana argentina.

³⁷ Rec, p. 164.

³⁸ El idioma extranjero leído cumple una función en la cultura y la formación ideológico-política argentina de la primera mitad del siglo XIX. Entonces, el valor adjudicado a saber francés o inglés era de carácter

Una hipérbole del texto de *Recuerdos* delata el carácter completamente instrumental de la relación establecida con la lengua extranjera: Sarmiento cuenta que después de un mes y medio de lecciones de inglés, leyó "a volumen por día los sesenta de la colección completa de novelas de Walter Scott".³⁹ Para esta lectura devoradora, la lengua debía ser, sin duda, transparente, sólo un sistema de equivalencias lexicales que puesto en funcionamiento permitía aferrar, con un impulso de lectura, los contenidos del texto, su 'esencia', aquello que, siendo rápidamente traducible y agotado por la traducción, permite alimentar la máquina del conocimiento con la urgencia [132] que la situación social y cultural del autodidacta exige. La destreza con esta misma "máquina sencilla" es la que Sarmiento transmite a sus jóvenes amigos, cuando les enseña no el francés sino la forma en que se puede aprender una lengua.

Superar la barrera del español, y no emplear un idioma extranjero como signo de distinción, opera como consigna del programa del poliglotismo romántico. Sarmiento, siempre excesivo, llega a superar en sus *Viajes* incluso esta consigna: su tozudez aplicada a ser traducido al francés, para que también los europeos civilizados lean el *Facundo*. En cualesquiera de las dos formas de superar la barrera del español, lo que Sarmiento conserva es el nexo entre lengua y conocimiento, oponiendo al casticismo que privilegia las convenciones gramaticales, el galicismo que es producto de los contenidos.

LA CARRERA DEL TALENTO

"Tuve el orgullo de creer que con un alma que siente, una mente que piensa y un corazón que late... se podía alcanzar todo lo que permitiera reclamar una posición como hombre en la sociedad y una jerarquía en el mundo. ¡Qué vanidad!"

DUMAS, ANTONY

Sarmiento está convencido de que un libro puede hacer la fortuna de un hombre. Este, que es un sentimiento de época, adjudica al talento la responsabilidad del fracaso o del éxito en una sociedad meritocrática. En el conjunto de sentimientos sociales se abre paso la certeza de que es posible

práctico y constituía más una contraseña política que una distinción social, en la conciencia de los intelectuales. Sobre el francés y el inglés los intelectuales argentinos no habían elaborado todavía ese mito de refinamiento que lleva su marca de clase y que puede identificarse en Cañé o en Mansilla como la exasperación del mimetismo y la coquetería fonética. Cuando la lengua extranjera comienza a ser hablada, cambia su función en el sistema cultural.

³⁹ *Rec*, p. 164.

hacer carrera contradiciendo el origen: por eso la ambición puede transformarse de vicio privado en virtud pública. Es posible proclamar la ambición, como lo hace Sarmiento, sin que la sociedad se alarme, y la crítica [133] ca, más que al ambicioso, se dirige siempre hacia el arribista. Ambición y arribismo están separados por una línea sutil que, ajuicio de los contemporáneos de Sarmiento, él cruzó demasiadas veces.

Pero, se sabe, la carrera del mérito necesita de esos impulsos y admite algunas transgresiones: se apoya sobre el talento (en contraposición al origen), sobre lo adquirido (en oposición a lo simplemente heredado), sobre las peculiaridades personales (en oposición a la ideología que hacía de la 'originalidad' un defecto); crea el espacio para el despliegue no sólo de la vocación sino también de la extravagancia, que exagera lo que la vocación simplemente elige; supone la tensión de la voluntad que se pone a prueba en la competencia; convierte a la humillación en la peor ofensa. En la carrera del talento se compara, se elige, se desecha, se aprecia según su valor o se subestima. Al no estar nada garantizado por el origen (aunque el origen puede ser una palanca poderosa o un escollo) la tensión de los aspirantes, que saben que su fortuna depende de su actividad, es dramática: los fracasados se suicidan, los quebrados son repudiados por sus amigos y sus hijos. Ambición, fracaso y muerte se unen como argumento social de la carrera y esta estructura de sentimiento emerge por primera vez para la literatura argentina en un episodio de *Recuerdos*: "Un día la exasperación tocó en el delirio; estaba frenético, demente, y concebí la idea sublime de desacierto de castigar a Chile entero, de declararlo ingrato, vil, infame. Escribí no sé qué diatriba; púsele mi nombre al pie, y llévela a la imprenta de *El Progreso*, poniéndola directamente en manos de los compositores, hecho lo cual me retiré a casa en silencio, cargué las pistolas y aguardé que estallase la mina que debía volarme a mí mismo".⁴⁰ El relato es ambiguo, su personaje está dispuesto a matarse o a morir matando como venganza contra una sociedad que le echa en cara, según cree, su condición de extranjero. Sarmiento, que soporta mal cualquier ataque, sufre cuando en la [134] prensa se señala su origen, en desmedro de lo logrado por sus méritos. Como el personaje de Dumas, el nacimiento (oscuro o desconocido o extranjero) convierte en vanidad los esfuerzos invertidos en ganar un lugar en el mundo. Esta desesperación romántica ante el fracaso propio, sentimiento de naturaleza social más que psicológica, proviene de la idea de que el futuro de un hombre se juega siempre en una carta. Los episodios de iniciación y las anécdotas de reconocimiento son decisivos precisamente por esto. La desesperación ante el fracaso, el gesto de cargar dos

⁴⁰ Rec, p. 205.

pistolas y esperar la muerte, es el sentimiento gemelo y a la vez opuesto a la exaltación que domina a Sarmiento ante su primer triunfo literario.

Un libro puede hacer la fortuna de un hombre. Entre los caminos abiertos a la carrera del talento está la literatura. Pero ¿cómo construir una sociedad donde el respeto por el talento otorgue al hombre de mérito "un rango, un nombre y una jerarquía en el mundo que no hubiera podido adquirir de otro modo"?⁴¹ Sarmiento escribió en *Recuerdos* que en América las grandes personalidades no sólo deben construir su destino, sino también el escenario digno de sus actos. Por eso el camino de la literatura debe ser también el camino de la política, y el periodismo la síntesis de las dos vocaciones. Esta relación real, que está vinculada con la función de los letrados en el nacimiento de los estados hispanoamericanos, aparece interrumpida por la llegada de los caudillos. Existe en el texto de *Recuerdos*, entre el camino de las letras y el de las acciones militares, una tensión que no se resuelve. Sin embargo, son intelectuales los modelos de la serie de retratos con los que Sarmiento construye su herencia y se propone como espejo de su propia función: el deán Funes, los Oro. Si en Europa, según la percepción de Sarmiento, los políticos son siempre letrados y no existe un abismo que separe a Victor Hugo o Lamartine de Thiers, en América el intelectual ve obstruido su camino. Y ante él, la barbarie militar y cam-[135] pesina trama intrigas, violencias, dificultades de toda índole.

Si, considerada desde el modelo que propone Europa, la carrera del intelectual no debe estar regida por la casualidad sino por el mérito; si la barbarie desquicia este *cursus honorum*, la milicia es su competidora. Esta era también una vía de ascenso para los jóvenes sin fortuna y el niño Sarmiento había soñado con los galones: "Criábame mi madre en la persuasión de que iba a ser clérigo y cura de San Juan, a imitación de mi tío, y a mi padre le veía casacas, galones, sable y demás zarandajas".⁴² Pero seguir esta carrera hubiera significado alistarse no en los ejércitos que simbolizaba su padre, los de la independencia, sino en las milicias de los caudillos que, reclutando sus miembros en las "clases abyectas de la sociedad", hacían posible el ascenso de jóvenes oscuros. Sarmiento no eligió este camino porque quería elevarse "sin pecar contra la moral y sin atentar contra la libertad y la civilización".⁴³

Es significativo que en la genealogía de *Recuerdos* Sarmiento no incluya militares entre sus antepasados, ni triunfos militares entre los episodios de la historia que escribe. Sin embargo, la emergencia de lo militar en el texto no es unívoca. Por un lado, está la parodia de la guerra en el episodio de las batallas

⁴¹ Gibbon, *Memoirs of my life*

⁴² *Rec*, p. 152.

⁴³ *Rec*, p. 189.

infantiles, a pedradas, en los arrabales de San Juan; por el otro, el relato minucioso de escaramuzas mínimas de la "Campaña de Jáchal" contra Facundo, cuando Sarmiento no tiene aún veinte años. El movimiento típico de esta narración puede resumirse en la frase con que Sarmiento sintetiza su primer contacto físico con las guerras civiles: no obstante que "nada hice de provecho, porque mi comisión era la de simple ayudante, sin soldados a su mando, era o hubiera sido un héroe, pronto siempre a sacrificarme, a morir donde hubiera sido útil, para obtener el más mínimo resultado".⁴⁴ Empeñado, como en el episodio infantil, en demostrar su valor, Sarmiento se detiene en el [136] relato de escaramuzas irrisorias e invoca el testimonio de jefes militares que difícilmente puedan recordarlo como soldado. Hay un esfuerzo desmesurado para demostrar que también en este aspecto de las luchas civiles argentinas su figura estaba presente y parecía premonitoriamente significativa. Este esfuerzo le da un tono también paródico a la narración de los combates 'serios', como el del encuentro del 29 de septiembre de 1829. En el cierre de esta incursión por la milicia, Laprida, "el ilustre Laprida, el presidente del congreso de Tucumán", es asesinado en una escaramuza final, por haber permanecido más tiempo del necesario sobre el campo de batalla exhortando a Sarmiento a que lo abandonara.

Incluso en la batalla infantil a pedradas, Sarmiento no puede evitar el pasaje de la parodia de los combates de la historia antigua (Leónidas, las Termópilas, héroes invocados a la manera de las traducciones de Hornero) a la comparación seria de su combate a través de la zanja con el del general Acha en las acequias de Angaco. Y tampoco la ironía paródica agota el sentido de las referencias a las cualidades del jefe de la pandilla, el propio Sarmiento. "Hubiera sido un héroe", y aunque no haya sido la carrera militar la elegida para imponer el reconocimiento de sus méritos, está convencido de que la figura del candidato que les propone a los notables argentinos no aparecería acabada sin la referencia al coraje físico del militar.

Acumulación de méritos, pruebas superadas en todos los campos de actividad, hitos de una carrera de honores. El texto de *Recuerdos* se caracteriza por la inclusión de una serie de episodios cuyo tema es el reconocimiento del mérito, el pasaje de la oscuridad a la luz, el triunfo por la propia actividad, la elevación por encima y pese al origen y la pobreza. Estos episodios tienen la forma de una pequeña novela y nexos evidentes los unen con el sistema de convenciones literarias del romanticismo. Lector de [137] Balzac, de Dumas, de docenas de escritores menores que participan del mismo arsenal retórico, Sarmiento encuentra formalizado un conjunto de impulsos

⁴⁴ *Rec*, p. 172.

sociales: la ambición, la usurpación, la envidia, el talento en el estado civil, el coraje en el estado militar. La sensibilidad y la psicología románticas se condensan en el espacio literario-moral que el héroe de *Recuerdos* atraviesa en las anécdotas cuyo centro es el reconocimiento del mérito oculto u oscurecido. En estas peripecias, Sarmiento reivindica el derecho a la rebelión contra el lugar que, por nacimiento o por fortuna, se les asigna a los individuos en la sociedad. Este derecho es el que legitima a la ambición, al atrevimiento que hizo la gloria o la tragedia de Lucien de Rubempré, Antony o Julien Sorel.

En los episodios de *Recuerdos* donde el trastrocamiento de la fortuna funciona como símbolo y anticipación de toda la biografía de Sarmiento, hay uno que, por el carácter completo y cerrado de la anécdota, que incluye todos los elementos del modelo literario, adquiere rasgos emblemáticos: la ficción de esta anécdota rousseauiana⁴⁵ puede servir como clave para leer toda la historia de su protagonista, porque en ella éste recorre la distancia social que separa al trabajador manual (en el caso, un peón de minas) del letrado.⁴⁶ Es la historia de un trastrocamiento de la suerte, que, por doble razón, se produce en el plano simbólico. Primera razón: el movimiento de peón a letrado es sólo figurado. Segunda razón: el movimiento figurado se produce por la intermediación del saber.

En el episodio, Sarmiento, por gusto extravagante hacia el disfraz y por comodidad, viste como un minero y un extraño a la tertulia lo toma efectivamente como tal. Cuando en el giro de la conversación Sarmiento revela una cultura y un lenguaje impropios de su condición (aparente), el extraño no puede salir de su asombro, hasta que alguno de los presentes le explica la razón de su engaño, esto es, la falta de acuerdo entre el traje de peón y la ver-[138] dadera condición de quien lo lleva. Si se prescinde de rastrear la relación de la anécdota literaria con un hecho efectivamente vivido, puede en

⁴⁵ Jean Starobinski ha analizado un episodio de reconocimiento de las *Confesiones* de Rousseau. De algún modo, la perspectiva de su descripción inspiró nuestro trabajo con las anécdotas de Re-[160] cuerdos. Un análisis desarrollado de este mismo episodio puede leerse en Altamirano y Sarlo, "*Identidad, linaje y mérito de Sarmiento*", en *Punto de Vista*, año 3, número 10, nov. de 1980.

⁴⁶ Sarmiento tiene 24 años y, exiliado en Chile, trabaja como mayordomo de minas en Copiapó. "Por economía, pasatiempo y travesura" vestía con el equipo completo de minero y lo conservaba una vez terminado la tarea diaria, cuando los argentinos se reunían en la cocina de Mardones, juez de minas, y armaban su tertulia. "Una noche encontramos hospedado a un señor Codecido, pulcro y sibarita ciudadano que se quejaba de las incomodidades y privaciones de la jornada. Saludáronlo todos con atención, toquéme yo el gorro con encogimiento, y fui a colocarme en un rincón, por sustraerme a las miradas en aquel traje que me era habitual, dejándole ver, sin embargo, al pasar, mi tirador alechugado, que es la pieza principal del equipo... La conversación rodó sobre varios puntos, discreparon en una cosa de hecho que se refería a la historia moderna europea y a nombres geográficos, e instintivamente Carril, Chenaut y los demás se volvieron hacia mí para saber lo que había de verdad. Provocado así a tomar parte en la conversación de los caballeros, dije lo que había en el caso, pero en términos tan dogmáticos, con tan minuciosos detalles, que Codecido abría a cada frase un palmo de boca, viendo las páginas de un libro de los labios del que había tomado por apir", *Rec*, p. 166.

cambio juzgársela como una organización formal e ideológica de la experiencia. En tanto construcción, la anécdota entrecruza dos ejes: el del origen (¿quién es este joven que parece un minero y termina hablando como un sabio? ¿de dónde sale? ¿pertenece realmente a ese rincón de la cocina donde se ha escondido y desde donde se proyecta a la luz por sus conocimientos?) y el del mérito del saber, que es un mérito moral, adquirido por el esfuerzo, no heredado.

El relato parece a la vez ingenuo y artificioso. Mirado de cerca no se produce un verdadero trastocamiento: en realidad lo que sucede es el desenmascaramiento de un *quid pro quo*. La trampa de tomar a alguien por lo que no es, fue preparada por Sarmiento para exaltación del joven protagonista. El joven no interviene antes en la conversación, que ya había abordado varios temas, para retardar y, en consecuencia, aumentar el placer del reconocimiento. El riesgo es mínimo y la gratificación al mérito que ocupa su lugar, máxima. Por eso el desenlace del episodio está asegurado desde el comienzo. Hay *suspense* pero no dramatismo, porque el protagonista no es un verdadero peón, sino alguien que ha adoptado su traje. Pero, al mismo tiempo, Sarmiento es alguien que debe, en el extranjero, probar su valor (valor simbólico, valor del saber) y remontar una historia familiar de decadencia: "Yo he encontrado a los Albarracines (escribe en *Recuerdos* sobre los hermanos de su madre) en el borde del osario común de la muchedumbre oscura y miserable".⁴⁷ El vértigo del descenso social, un abismo que se abre como el pozo del osario común, enferma al joven Sarmiento. Por eso la anécdota recordada, alterada o inventada en 1850, proporciona un placer moral por la compensación simbólica explícita en su desenlace: Sarmiento cambia de lugar, de un rincón de la cocina a la consideración respetuosa del extranjero. La moraleja de [139] la anécdota es que el reconocimiento del saber pone a cada persona en su lugar, pero no en el lugar que en la sociedad tradicional está unido con el origen, sino en el lugar que una sociedad abierta al mérito asigna al talento.

EL LETRADO Y EL CAUDILLO MILITAR

"Hay solamente dos poderes en el mundo, la espada y el intelecto, y a la larga la espada es siempre vencida por el espíritu."

NAPOLEÓN

"¿Usted había llevado, pues, la idea de cambiar en tres conversaciones al general Urquiza? ¿Y le hacía usted un defecto de que tuviese una

⁴⁷ *Rec*, p. 30.

voluntad, un carácter, una fe suyos, y no tomase como la cera el sello que quería darle un escritor que se creía hombre de Estado porque había escrito periódicos?"

ALBERDI

Hay otro episodio densamente significativo en *Recuerdos*. Igual que en el anterior, Sarmiento esgrime el saber como arma, pero el desenlace es diferente. Quien quiere convertir a la política argentina en una escena donde las ideas prevalezcan sobre los instintos, rememora un encuentro en el que los personajes enfrentados resumen, de algún modo, ese dilema.

Sarmiento nos dice que desde su ingreso en lo que llama la vida pública hubo de encarar esa faz sombría de la Argentina, que domina todavía en el presente del relato y que tiene su manifestación en la autoridad despótica. Mejor dicho, es el choque, aparentemente casual (aunque la lógica del relato funciona para convencernos [140] de que esa confrontación era inevitable), con un ocasional representante de la fuerza histórica que tiene su raíz en el desierto y el atraso, lo que lo arroja a la cárcel y lo inicia en la vida de los partidos: "A los dieciséis años entré en la cárcel y salí de ella con opiniones políticas".⁴⁸ Desde entonces y hasta su exilio en Chile las confrontaciones se sucederán. Son en realidad confrontaciones históricas vividas en primera persona. Nos detendremos en una de ellas, la que pone cara a cara al intelectual y al caudillo, a Sarmiento y a Benavídez, por la verdad que busca transmitir la escenificación del encuentro.

En medio de un clima amenazador para su propia seguridad, Sarmiento ha sido convocado por el gobernador Benavídez. Miembro activo del grupo de jóvenes que se ha hecho portavoz local del credo romántico-liberal, ya ha tenido sus choques con el caudillo. Como consecuencia de uno de ellos, fue a parar de nuevo a la cárcel y tuvo que dar por terminada una de sus primeras empresas culturales: la publicación del periódico *El Zonda*. No obstante, percibe que no le cae mal al gobernador y le ha hecho saber que le interesaría aconsejarlo para enmendar la marcha del gobierno antes de que sea demasiado tarde. Después de una áspera discusión en que Benavídez lo acusa de actividades conspirativas, Sarmiento consigue que se escuche la lectura de sus proyectos: "Yo leí mi *factum* con voz llena, sentida, apoyando en cada concepto que quería hacer resaltar, dando fuerza a aquellas ideas que me proponía hacer penetrar más adentro. Cuando concluí la lectura, que me tenía exaltado, levanté los ojos, y leí en el semblante del caudillo... la indiferencia. Una sola idea no había prendido en su alma, ni la duda se había levantado. Su

⁴⁸ *Rec*, p. 169.

voluntad y su ambición eran una coraza que defendía su razón y su espíritu".⁴⁹

Varias cosas pueden registrarse en este diálogo de sordos en que el letrado se apasiona y se identifica con las ideas y el caudillo se muestra insensible ante ellas, e [141] importa menos la verdad anecdótica de la escena que la verdad general que el escritor dramatiza por medio de ella. Podemos leer allí el fracaso de una ilusión (y de una tentación): la que lleva a hacer del caudillo un déspota, si no ilustrado, sí dispuesto a dejarse ilustrar. La tentación y el fracaso los habían experimentado ya los inspiradores del Salón Literario, sus compañeros de generación, frente a Rosas. Porque no se trata ni de Benavídez ni de Rosas, personificaciones más o menos talentosas de un tipo histórico. "Después, añade poco más adelante, he reflexionado que el raciocinio es impotente en cierto grado de cultura de los espíritus; se embotan sus tiros y se deslizan sobre aquellas superficies planas y endurecidas".⁵⁰ El intelectual aliado al caudillo, el primero con el sueño de persuadir al segundo pretendiendo convertir a la autoridad 'bárbara' en vehículo de la ley y la civilización: insistir en esta tentación, parece decir Sarmiento, es una ilusión vana. Más que de una defeción moral, se trata de un error histórico. En efecto, es en los hechos de la turbulenta historia argentina donde él ve inscrita esa lección que una reflexión posterior le ha permitido enunciar bajo la forma de un principio general. Al contar la historia de su tío Domingo de Oro, desprende de ella la misma conclusión. Toda la astucia del más zorro y persuasivo de los políticos 'decentes' no pudo impedir que terminara buscando el camino del exilio, víctima del error que había significado pactar con los caudillos para inspirarlos jugando el papel de hombre de consejo.

Pero la tentación del pacto entre élite letrada y caudillos no era un capricho de la imaginación política: también parecía dictada por la lógica de las cosas y reaparecía siempre en el horizonte. Los caudillos eran, después de todo, la realidad del poder y de la autoridad, y sin contar de algún modo con ellos, ¿cómo constituir la república de la ley y del progreso? Todos los generales laureados de la independencia, en cuyas armas se había confiado una y otra vez, fueron derrotados por esos rudos jefes de [142] la barbarie. ¿El doctrinarismo y el desconocimiento de los hechos no había sido el pecado capital del grupo rivadaviano?, ¿y Sarmiento mismo no tomaba ahora la iniciativa en proponer el pacto por medio de su *Argirópolis*, dedicada al general Urquiza? La perspectiva de la coalición antirrosista actualiza la posibilidad del pacto y él no vacila en alentarla a partir de 1850 con toda la actividad que es capaz de desplegar. Sarmiento no era, pues, indiferente a la relación de fuerzas entre los dos poderes —el del caudillo militar y el de los

⁴⁹ *Rec*, p. 182.

⁵⁰ *Rec*, p. 182.

reformadores letrados— que, según su propia visión, se disputaban no sólo el presente sino el porvenir de la Argentina. Si se quiere terminar con el régimen de los caudillos, del que Rosas no es más que su coronación, hay que querer la coalición con ellos o, al menos, con uno de sus representantes, "la gloria más alta de la Confederación".

Volvamos nuevamente a la escena entre Benavídez y Sarmiento, el diálogo de sordos, cuyo sentido, lo dijimos, no era circunstancial sino que dramatizaba y tornaba concreta y sensible una lección de carácter general. Simultáneamente, es decir, en el marco de la misma coyuntura, Sarmiento aparece asistido por las dos certidumbres: la necesidad del pacto y su imposibilidad. Y no está dispuesto a hacer de la necesidad virtud, sino a mantener aferrados los dos miembros de la contradicción. La causa de la organización nacional parece haber encontrado su hombre providencial, el general Urquiza, quien puede hacer suyo el programa de *Argirópolis*. Pero hay otro hombre providencial, un héroe cultural que ofrece su autobiografía a la consideración de sus compatriotas y que es el verdadero "otro" de Rosas. Si la necesidad dictaba que estos dos hombres —que eran la encarnación de dos fuerzas históricas— debían coaligarse, era la colocación relativa de ambos, o sea la colocación relativa del caudillo y del letrado, lo que definiría el futuro de la Argentina posrosista. La autoridad y la espada del caudillo únicamente debían propiciar la ocasión de la hegemonía del [143] intelectual. Cualquier otra articulación entre esos actores que obstruyera tal relación hegemónica, significaría reincidir en el error de hacer "el gobierno de los hombres cultos a nombre de los caudillos". Pero, ¿cómo apoyarse en la autoridad y en el poder de un caudillo militar y, a la vez, no estar bajo su tutela? El conflicto que encierra este dilema surgirá, como es sabido, apenas se encuentren Urquiza y Sarmiento, alistados para participar en la campaña militar contra Rosas. Sarmiento habrá de contarlo en su *Campaña en el Ejército Grande*. Lo notable es que el relato de sus encuentros con Urquiza parece un eco de la escena en que narra, en *Recuerdos*, su frustrante entrevista con Benavídez: allí reaparecen el intelectual y el caudillo, el primero intentando 'inspirar' al segundo, que se resiste y se muestra esquivo.

UNA GENEALOGÍA DECENTE

"El más ilustre de los hijos del grupo de pobres decentes, el sanjuanino Sarmiento, arrastrará durante toda su vida, a lo largo de una carrera que culminará en la presidencia de la nueva república, la ambigüedad de sus reacciones frente a quienes sólo a medias lo reconocen como suyo, cuyos defectos no ignora, a los que aborrece, a los que a pesar de todo sigue considerando como indicados para gobernar su provincia y el país entero."

Si en los dos episodios que analizamos previamente es un hijo de sus obras el héroe, hay otro Sarmiento, el último descendiente de un linaje, cuya historia también se cuenta en *Recuerdos*. Protagonista de un relato de doble faz, dijimos al principio: "vida ejemplar" de un Franklin sudamericano, que, merced a su empeño y a [144] sus luces, se hace un lugar en las letras y en la política, por un lado. Por el otro, poseedor de títulos que ya no son obra de su esfuerzo. ¿Cómo enlazar la apelación al reconocimiento del talento con el discurso en que Sarmiento se aplica a reivindicar para sí un linaje aristocrático del cual sería un heredero? "Las pequeñeces de mi vida se esconden en la sombra de aquellos nombres, con algunos de ellos se mezclan, y la oscuridad honrada del mío puede alumbrarse a la luz de aquellas antorchas sin miedo de que se revelen manchas que debieran permanecer ocultas",⁵¹ escribe en el prólogo del libro cuyo índice es un árbol genealógico. Ya hemos visto cómo se redimensionan las "pequeñeces" de esta vida. Lo que nos interesa ahora es el modo en que se distribuyen las luces y las sombras: el talento ya no brilla con luz propia sino refleja, y la construcción genealógica parece apelar a un tipo de reconocimiento divergente del primero.

Agudicemos esta divergencia para plantear mejor la cuestión, ya que la dialéctica de esa doble apelación (la doble faz del relato) es esencial a la constitución del personaje que Sarmiento ha hecho de sí.⁵² En un caso, la posesión de la cultura y el lugar alcanzado en la estima social tienen un valor personal y moral a la vez, porque son el producto del esfuerzo contra la adversidad, resultado de una acumulación laboriosa que termina por imponer el reconocimiento de su utilidad pública. El trabajo que se ha añadido al talento natural valoriza ese patrimonio simbólico ofrecido por su titular a la consideración de sus compatriotas. Todo ello va en la misma dirección del programa civilizador que Sarmiento formula para sacar al país del atraso y define la república soñada: aquella en que la igualdad de las condiciones no impida el gobierno de los hombres de mérito. Pero la reivindicación de una constelación familiar "decente" parece jerarquizar los valores en otra dirección. Ya no es el esfuerzo, sino la "sangre", ya no es el mérito sino el parentesco lo que permite tener un nombre y ser reconoci-[145] do. El patrimonio simbólico es, en esta faz, antes que nada un legado y la virtud

⁵¹ *Rec*, p. 10.

⁵² Nadie ha planteado con más perspicacia que Tulio Halperin Donghi el significado ambiguo de esta reivindicación genealógica, aunque situando el contraste de valores en la diferencia que media entre *Mi defensa y Recuerdos de provincia* y no en el interior de este último texto. Véase: "Sarmiento: su lugar en la sociedad argentina post-revolucionaria", en *Sur*, número 341, 1977.

radica aquí en hacer honor de esta herencia.

"Aquí termina la historia colonial, llamaré así, de mi familia. Lo que sigue es la transición lenta y penosa de un modo de ser a otro; la vida de la República naciente, la lucha de los partidos, la guerra civil, la proscripción y el destierro. A la historia de mi familia se sucede, como teatro de acción y atmósfera, la historia de la patria. A mi progenie me sucedo yo."⁵³ Así se inicia el capítulo "Mi educación", cuando el lector ya ha atravesado más de dos tercios de la obra. No es verdad que la "historia colonial" de su familia incluya sólo la evocación de sus antepasados, aunque el espacio dedicado a la memoria de los deudos que "merecieron bien de la patria, subieron alto en la jerarquía de la Iglesia; y honraron con sus trabajos las letras americanas" no es insignificante.

Los Albarracines, los Oro, el deán Funes, miembros todos de la "gente decente", una suerte de aristocracia que ocupaba la cúspide de la estructura social de la colonia. ¿Qué sentido asume en la estrategia de *Recuerdos* la reivindicación de este linaje? Es demasiado polivalente el empleo que Sarmiento hace de la reconstrucción genealógica como para dar a la cuestión una respuesta simple. Puede leerse en ella el tributo pagado a la opinión —a la que Sarmiento no es evidentemente insensible— que hace del linaje y la familia el criterio por excelencia de diferenciación social. Esta opinión, cuyo peso seguirá siendo importante después de la independencia y por largos años en la sociedad rioplatense, es tanto más decisiva cuando se carece de esos otros títulos que aproximan al poder: la riqueza y el oficio militar. Sarmiento sabe que en el "teatro de acción y de atmósfera" al que lo destina la historia, la condición de letrado no es mérito suficiente. No obstante los reconocimientos que proclama haber obtenido (el eco de *Facundo* en la opinión ilustrada de Europa, la estima de [146] que goza en el oficialismo chileno y su consagración académica en Chile), se sabe también en el aire. Se da entonces una raíz y una prosapia. Se reconocerá pobre, como lo había hecho en *Mi defensa*, pero de origen "decente", y el itinerario de esfuerzos que lo ha llevado de la oscuridad a la estima pública en el extranjero aparecerá como la prolongación de un legado.

El gesto de identificación con la "gente decente" no es artificial. Sarmiento, como señala bien Halperin Donghi, pertenecía de hecho a una rama pobre de la aristocracia provinciana de origen colonial y "pese a su pobreza... creció protegido por su pertenencia a las clases altas".⁵⁴ Pero las cosas no debían ser nada pacíficas en el terreno de las certidumbres subjetivas para alguien cuya fama directa había vivido al borde de la indigencia. Esta experiencia sufrida, todo lo sordamente que se quiera, desde la niñez, no dejaría de marcar su

⁵³ *Rec*, p. 143.

⁵⁴ Halperin Donghi, art. cit.

relación problemática con la clase a la que de todos modos pertenecía. De no ser así, ¿por qué proclamar tan ostensiblemente esa pertenencia? El linaje distinguido que Sarmiento reivindica no podía ser tan obvio si cree necesario reconstruir una filiación que se remonta a los orígenes mismos de San Juan. Una larga cadena de parientes ilustres para alguien cuyo solo apellido no bastaba para aclararlo todo: la contingencia de la pobreza y del origen oscuro no debía borrar la línea —que se volvía crítica en los puntos extremos— que separaba al decente de la plebe común. Es verdad que Sarmiento creció protegido por su condición de decente y él mismo señala a quienes lo han ayudado a educarse y a quienes lo han protegido. Pero veamos a uno de ellos contra qué y, sobre todo, entre quiénes lo auxilia: "Aberastain, doctor, juez de alzada, estaba siempre defendiéndome entre *los suyos*, contra la masa de jóvenes ricos o consentidos que se me oponían al paso".⁵⁵ *Entre los suyos*, es decir entre aquellos "decentes" reacios a tolerar como a un igual al joven pobre que buscaba abrirse camino. En ese reconoci-[147]miento al amigo Aberastain, es imposible no escuchar también el eco de un orgullo mortificado por los "jóvenes ricos o consentidos", más sensibles a los signos exteriores de la inferioridad social que al brillo del talento. En suma, si el gesto de identificación con la aristocracia provinciana no es un puro artificio, tampoco es un gesto natural, sino una operación tensa y conflictiva.

No podríamos reducir sólo a este sentido, sin embargo, el cuadro genealógico de *Recuerdos de provincia*. Porque Sarmiento lo ha construido también como pretexto de una revalorización de esa élite letrada que, desde la colonia a las primeras décadas de la independencia, ha tenido un papel dirigente en los asuntos públicos de la provincia. No se trata sólo de San Juan: la "nobleza del patriotismo y del talento", cuya parábola relata y que soporta en el presente la ruina o el sometimiento a la barbarie, es el espejo en que puede mirarse toda la élite dirigente desplazada por Rosas y los caudillos. El discurso anuda de tal modo los destinos, que no son únicamente evocados los "deudos que merecieron bien de la patria". Otros notables —Del Carril, Juan Cruz Várela, Alsina, etcétera— se entrecruzan aquí y allá con las semblanzas y vicisitudes de los miembros del árbol genealógico. Es que la provincia de estos *Recuerdos* ha recorrido una peripecia típica: en su ruina presente hay que reconocer las mismas causas que arrojaron a todo el país al infierno de la barbarie. Las reminiscencias y las semblanzas ilustres serán así un modo de retomar las claves que Sarmiento ha construido para interpretar la historia de la sociedad argentina. Sobre todo, la historia de ese período que media entre la independencia y el triunfo de los caudillos. De ahí que en la galería de los

⁵⁵ *Rec*, pp. 148-9.

deudos ocupen un lugar de privilegio aquellos personajes que son "como el dios Término de los antiguos, con dos caras, una hacia el porvenir, otra hacia lo pasado".⁵⁶ los Oro, el deán Funes.

En la revalorización de esos letrados de origen "de-[148] cente", reivindicados incluso en su pasado colonial, Halperin Donghi percibe la concurrencia de varios motivos. Una preocupación mayor por las cuestiones de la autoridad y del orden, por un lado, donde se pueden reconocer las reflexiones que han suscitado en Sarmiento las revoluciones europeas del 48. Por el otro, la vindicación de una tradición local de gobierno ilustrado le permite despojarse de la imagen de "revolucionario desarraigado", presentándose como el heredero de esa tradición. Creemos, sin embargo, que es necesario añadir otro motivo, estrechamente asociado al descubrimiento de los Estados Unidos. En el "camino norteamericano" hacia las metas de la civilización, Sarmiento identifica no sólo una alternativa menos riesgosa y convulsiva a la que está experimentándose en Europa. Tras ese crecimiento aparentemente desordenado pero que no disgrega al país sino que lo expande, él cree descubrir entre otras cosas, la obra sabia de una élite fundadora. Esos *founding fathers*, de origen también colonial, que después de la independencia han sabido resolver sus discordias y guiar el ingreso del país en el mundo moderno.

Estos motivos concurrentes no son homogéneos entre sí, como tampoco es unívoca la imagen que Sarmiento traza de la "nobleza del patriotismo y del talento". El resultado es más ambiguo, sobre todo cuando se ocupa de aquellos caracterizados como el dios Término, con una cara hacia el pasado y otra hacia el porvenir: víctimas, pero en parte también cómplices de la decadencia presente. Es significativa en este sentido la figura de uno de esos Janos: Domingo de Oro, mitad europeo, mitad gaucho, capaz de brillar en los salones y de entenderse con los caudillos. Es evidente la complacencia con que Sarmiento construye la semblanza de este "decente" agauchado, de quien hace el más novelesco de sus retratos ("el tipo más bello que haya salido de la naturaleza americana").⁵⁷ Domingo de Oro conoce todos los secretos de la política Argentina y se los ha comunicado a Sarmiento cuando és-[149] te los buscaba en sus estudios. Y el legado de Oro es uno de los que su biógrafo se propone prolongar. Sin embargo, este maestro de la astucia y de la palabra elocuente le "ha abierto el camino a Rosas". El exilio escéptico es el precio que ha tenido que pagar por el error que comete en su relación con los caudillos. Pero el caso de Domingo de Oro no es único: es toda esa élite plena de méritos y de intenciones loables la que aparece superada por los hechos

⁵⁶ Rec, p. 87.

⁵⁷ Rec, p. 64.

posteriores a la independencia. Hechos que ella no ha sabido gobernar y que le han abierto paso al ingreso caótico del mundo rural, una democratización sin frenos que es para Sarmiento el rostro de la barbarie y uno de los fundamentos del rosismo.

Si *Recuerdos* hace de una genealogía un capítulo de la historia nacional, también permite convertir a su heredero en héroe del capítulo presente. Aquí podemos registrar otro de los sentidos con que funciona la construcción del linaje. Al emerger de esa larga familia, el "hombre providencial" se halla sólidamente implantado en la historia, y las cualidades de los deudos anticipan las que se manifiestan después en el curriculum del heredero. Pero su biografía trazará una curva diferente a la de la élite cultivada cuya misión, pero no cuya debilidad, busca restaurar: mientras sus parientes letrados trazan una parábola cuyo punto final los contamina con la barbarie, la trayectoria de Sarmiento es la historia de un individuo que asciende desde un comienzo oscuro a los valores de la civilización. Esta inversión de sentido significa que el continuador de la tradición representa también la superación de las debilidades de ésta: es el tipo de letrado que la hora reclama.

"LOS VÍNCULOS DE LA SANGRE, LA EDUCACIÓN Y EL EJEMPLO SEGUIDO"

¿Cuál es la herencia de la que se habla en *Recuerdos de provincia*? La historia del linaje articula un conjunto de rasgos heterogéneos, cuya diversidad Sarmiento describe y, al mismo tiempo, sintetiza en sí mismo. Heredó, en primer lugar, un *tipo argentino*: Oro es un ejemplo de lo que la tradición americana y la cultura europea pueden producir. También heredó un *vínculo de sangre* con la historia nacional y Sarmiento esparce en *Recuerdos* los signos de este nexo profundo: una proximidad vivida por sus padres, por sus tíos, que legitima las coincidencias significativas y fija su valor simbólico. La herencia le proporciona finalmente a Sarmiento una vocación pública, un modelo de acción y función social. Lo predispone como intelectual político, periodista, hombre de letras, del cual el deán Funes es claramente un antecesor y un anuncio. Con la sangre, se lee en *Recuerdos*, se transmiten "aptitudes intelectuales como cualidades orgánicas". La sangre también transmite un tipo de relación con la política, a la vez apasionada e inevitable.

HERENCIA DE MADRE Y PADRE

Ambas herencias están particularmente contrapuestas y equilibradas en *Recuerdos*. Madre y padre son hijos de familias en decadencia, pero la decadencia de los Sarmiento es excesiva: no sólo han perdido, como los Albarracines, todo rastro del esplendor económico colonial, sino que el mismo apellido Sarmiento estaba a punto de desaparecer a mediados del siglo XVIII y, para evitarlo, los hijos de un Quiroga comienzan a usar el apellido de la madre para que éste no se extinguiera. En la "nobleza democrática", los miembros que por derecho propio pertenecen a ella son los Oro y los Albarracín, del linaje materno, y ellos anticipan también el tipo de intelectual que prefigura a Sarmiento. Incluso la extravagancia, ese derecho romántico que Sarmiento reclama para sí, y los rasgos físicos pertenecen a la rama materna. Cuando Sarmiento se describe a sí mismo, alude [151] siempre a la fisonomía de los Albarracín: la nariz semítica, los ojos claros, la piel olivácea.

Este desbalance de la herencia queda representado en la estructura misma de capítulos de la autobiografía: si hay una "Historia de mi madre" no hay, propiamente, una 'historia del padre'. Y es aun más significativo que el capítulo titulado, con un clisé, "El hogar paterno" empiece con la frase siguiente: "La casa de mi madre, la obra de su industria, cuyos adobes y tapias pudieran computarse en varas de lienzo tejidas por sus manos para pagar su construcción...". Si el mérito moral y la dignificación del trabajo manual están presentes en la historia de la tejedora Paula Albarracín, que levantó su casa y alimentó a sus hijos, no pueden menos que sorprender las carencias que carcomen la figura del padre. Las pocas veces que aparece con nitidez, es una especie de irresponsable, semirrústico, exaltado, inconstante y víctima de una "imaginación fácil de ceder a la exaltación del entusiasmo", una imaginación voluble, un carácter lábil.

Es significativo que, en los tramos de narración que tienen al padre como personaje, se le atribuyan funciones tradicionalmente inscriptas en el mundo ideológico y sentimental de la mujer: teme por su hijo en las oscuras escaramuzas de las guerras civiles, se llega hasta el campo de batalla para rogarle que se retire y sufre la humillación de huir solo ante las patrullas del enemigo: "tuve la crueldad de forzarlo a fugar solo". ¿Por qué "fugar" y no 'retirarse'? Y, más aún, poco más adelante en el mismo episodio, Sarmiento relata cómo su padre interrumpe la fuga y se queda rondando para buscarlo, eligiendo para describir sus actos una serie comparativa femenina: "como aquellas tigres a quienes han robado sus cachorros y vienen llevadas del instinto maternal a entregarse a los cazadores implacables".⁵⁸

En la herencia materna, por lo demás, están todas las virtudes morales que

⁵⁸ *Rec*, p. 176.

Sarmiento considera 'virtudes [152] modernas': el orgullo por el trabajo bien hecho, la dignificación de la tarea manual, la independencia económica por obra del propio esfuerzo, el desprecio por el sistema de favores y servicios que hubiera convertido a una Albarracín pobre en miembro de la clientela de algún pariente más favorecido; incluso la religiosidad dieciochesca, de pocas devociones. En la exaltación de la pobreza como dignidad moral, Sarmiento vuelve a lo largo del texto a la figura de su madre, en cuya biografía no quedan puntos oscuros, esas zonas más o menos enigmáticas que atraviesan la vida de su padre. Un interrogante entre varios: ¿por qué el sobrenombre de "Madre Patria" con que se conocía en San Juan a Clemente Sarmiento, a causa de su furor patriótico, le valió en Chile una calumnia?".⁵⁹ ¿Cuál es esa calumnia que Sarmiento no menciona, pero que considera lanzada para mancharlo a él mismo?

A partir de todos estos hilos cruzados o desplazados en la herencia de Sarmiento vuelve a plantearse el origen como problema. Por esta razón, entre otras, hay una pregunta que resuena fatalmente en sus oídos: ¿quién es este Sarmiento?, ¿de dónde sale? Sarmiento es alguien cuyo apellido no lo dice todo, que a sus compatriotas tiene que explicarles que es sobrino segundo bisnieto, primo por línea cruzada de tal o cual personaje de la historia provinciana. Y esta herencia complicada tiene, como algunos de sus antepasados, dos faces que, en el relato de su infancia, Sarmiento procesa como dos llamados: "Por mi madre me alcanzaban las vocaciones coloniales; por mi padre se me infiltraban las ideas y preocupaciones de aquella época revolucionaria; y obedeciendo a estas impulsiones contradictorias, yo pasaba mis horas de ocio en beata contemplación de mis santos de barro... dejándolos enseguida... para ir a dar a la casa de enfrente una gran batalla".⁶⁰ El rojo y el negro, el clero intelectual de la colonia o la milicia revolucionaria de la independencia: de la síntesis de ambas herencias [153] resulta nuevamente el modelo de figura bifronte, que Sarmiento ha aplicado a muchos de los miembros de su linaje. Al presentarse él mismo como tipo de síntesis, desplaza su opción a la escritura y la política: como intelectual político, escritor y organizador práctico, conserva los rastros ya remotos de sus dos vocaciones y de su doble herencia.

HERENCIA Y CONSTRUCCIÓN DE UN PERSONAJE

La personalidad moral, la personalidad psicológica y la figura pública de

⁵⁹ *Rec*, p. 127.

⁶⁰ *Rec*, p. 152.

Sarmiento surgen del relato como construcción que refunde los rasgos de la herencia. Al reivindicarse como producto de sus obras y de su esfuerzo, en ese movimiento doble que es característico de todo el texto de *Recuerdos*, reivindica también las cualidades de su progenie. En el sentido moral, Sarmiento forma su carácter potenciando un conjunto de disposiciones heredadas fundamentalmente de su madre: la dignificación del trabajo y la religiosidad que coloca en el centro de su sistema a la Providencia, religiosidad que le permitía al anticlerical Sarmiento pensar desde el siglo XVIII a las devociones coloniales. La Providencia como fuerza a la vez abstracta y natural era preferible a una religión plagada de supersticiones, y los curas liberales, como ese Castro que conformó la religiosidad de su madre, llevan su Rousseau bajo la sotana.

En el sentido psicológico, *Recuerdos* expone la historia de un temperamento que encuentra en las excentricidades de su familia la premonición y el justificativo de sus propias extravagancias. Las 'rarezas' de los Oro, incluso ciertas irregularidades morales, anuncian al loco Sarmiento. Pero con el temperamento se trasmite también un don, la palabra: "Oro es la palabra viva", y esa facultad que Sarmiento recibe por su linaje, compensa-[154] rá el conjunto de carencias que también ha heredado. El don de la palabra escrita le permitirá al joven pobre construir su fortuna.

En consecuencia, convertir la historia de un carácter y de un temperamento en la carrera de un talento: con este relato doble Sarmiento se presenta a sus compatriotas. Y aunque ese talento esté afectado por peculiaridades, su excentricidad, como en los Albarracín y los Oro, es la marca del genio. Si su herencia no le proporcionó al joven Sarmiento ni propiedad ni un rango que la sociedad reconociera, lo dotó en cambio de los instrumentos morales e intelectuales con los que el periodista y el político aspiran al ascenso y la fama.

[155]

[156]

[157]

[158]

[159]

[160]